

***Ganarás el pan con el sudor del de
enfrente***

Patricio Chamizo.

Farsa de polichinelas.

PERSONAJES

ARLEQUÍN.

COLOMBINA.

JUDÁ - POLICHINELA.

SIMEÓN- PANTALÓN.

LEVÍ - PIERROT.

DAN - DOCTOR.

RUBÉN - CAPITÁN.

ASER - CACHIPORREANTE.

ISACAR - CACHIPORREANTE.

JOSÉ.

GAD.

ZABULÓN.

NEFTALÍ.

BENJAMÍN.

PADRE.

CACHIPORREANTES, PEQUEÑUELOS.

La acción transcurre en un país muy lejano.

Época indefinida.

DECORADOS:

Dentro del escenario hay otro escenario. Se trata de un tinglado que los cómicos ambulantes levantaban en la plaza de los pueblos. Su estructura está compuesta de palos muy sucios por los años de uso y de ir de pueblo en pueblo.

No hay telón, pero el tablado sí tiene unas cortinas corredizas en ambos sentidos. Su montaje en el escenario no levanta más de treinta centímetros. Sin embargo, desde el patio de butacas se ve tal y como se vería en la plaza. Por eso, los palitroques que lo forman empieza desde el suelo de la sala. Las cortinas son muy viejas y casi tan remendadas como el traje de Arlequín.

Como se ha visto en el rol de los personajes, los hay con dos nombres. El primero es el que tienen al comenzar la función y el segundo, el que adoptan en el transcurso de la acción, en el momento que se indique.

Los personajes que se transforman son muñecos, marionetas, fantoches, payasos. El vestuario es el mismo que utilizaban los cómicos de la Comedia dell'Arte italiana, como su nombre indica.

Los personajes que no se transforman en muñecos actúan como hombres normales, aunque hay en ellos una evolución hacia la madurez. Los trajes son de campesinos de la edad media, pero a medida que avanza la acción se van depauperando, empobreciendo, hasta el final, en que volverán a vestir lo mismo que al principio, incluidos los que se convirtieron en polichinelas.

PRIMERA PARTE

El telón, como ya se ha dicho, permanece levantado todo el tiempo. El tablado tiene las cortinas cerradas. Al apagarse las luces de la sala las cortinas se agitan. Alguien desde el interior está intentando encontrar el pliegue que las une en el centro para poder pasar. Lo consigue, al fin, y entre las cortinas asoma la cabeza de Arlequín, observa toda la sala y se oculta de nuevo.

EMPIEZA LA ACCIÓN

ARLEQUÍN.- (Dentro.) ¡Chist! ¡Colombina! ¡Ya están aquí!

COLOMBINA.- (Dentro.) ¡Voy! ¡Voy enseguida! Sal tú mientras yo termino de vestirme.

ARLEQUÍN.- (Dentro.) ¿Y qué hago? ¿Qué digo?

COLOMBINA.- (Dentro.) Di hola, buenas noches.

ARLEQUÍN.- (Dentro.) ¿Y qué más?

COLOMBINA.- (Dentro.) ¡Ah! ¡Qué tontorrón eres, Arlequín! ¡Sal de una vez, di algo, improvisa! Tú sabes hacerlo.

ARLEQUÍN.- (Dentro.) Pero para eso necesito que me inspire la presencia de tu garbosa figura.

COLOMBINA.- (Dentro.) ¡No seas ganso y sal ya de una vez!

ARLEQUÍN.- (Dentro.) Pero no tardes, ¿eh? **(El mismo movimiento de cortinas del principio y, como entonces, asoma la cabeza.)** ¡Oh!... ¡Hola! **(Sale de un salto, hace unas cuantas piruetas y, finalmente, hace una profunda reverencia al público.)** Buenas noches. **(Engolado.)** ¡Señoras y señores, distinguida concurrencia: He aquí el tinglado de la antigua farsa...!

COLOMBINA.- (Saliendo precipitadamente.) ¡No, no, no! **(Repara que está en presencia del público y cambia de tono, haciendo una graciosa reverencia.)** Ustedes perdonen esta forma de entrar, pero es que este Arlequín...

ARLEQUÍN.- (Contemplándola embelesado.) ¡Colombina! ¡Sol de primavera! ¡Hermosa flor perfumada de amanecer!

COLOMBINA.- (Aparte.) ¡Arlequín!

ARLEQUÍN.- ¡Amor mío!

COLOMBINA.- (Aparte, nerviosa y azarada.) ¡Arlequín!

ARLEQUÍN.- ¡Lucero!

COLOMBINA.- (Aparte.) ¡Que nos están viendo!

ARLEQUÍN.- (Se percata de lo que dice COLOMBINA.)
¡Oh! ¡Perdón! ¡Por dónde iba? (Piensa.) ¡Ah! ¡Sí! ¡Ya sé!
(Engolado.) He aquí el tinglado de la antigua farsa...

COLOMBINA.- ¡No, no, no!

ARLEQUÍN.- ¿Qué?

COLOMBINA.- Lo de hoy es otra cosa.

ARLEQUÍN.- ¿Pero no hemos montado este tinglado para
representar una antigua farsa?

COLOMBINA.- Sí, eso sí. Pero es que esa forma de empezar
me recuerda otra... En fin, sigue.

ARLEQUÍN.- Señoras y señores, distinguida concurrencia:
Mi bella y adorable Colombina y un humilde servidor,
(Reverencia.) tenemos el honor de invitarles a ver y escuchar
una historia divertida.

COLOMBINA.- Una historia que ocurrió hace muchos años
en un país muy lejano.

ARLEQUÍN.- Diviértanse, pues no otro es nuestro objetivo.

COLOMBINA.- La historia comienza así:

ARLEQUÍN.- Una vez, en un país muy lejano, había una
gran familia.

COLOMBINA.- Una familia muy feliz

ARLEQUÍN.- Todo lo tenían en común y nadie carecía de
nada que fuera necesario para su cotidiano vivir.

COLOMBINA.- Todos trabajaban y ganaban el pan con el
sudor de su frente.

ARLEQUÍN.- No, mi bella Colombina. Es cierto que todos
trabajaban, pero el trabajo no era fatigoso para nadie, porque ni
éste era excesivo, ni nadie ejercía ninguna actividad contraria a
su deseo.

COLOMBINA.- Pero, yo, lo que quería decir es que al
trabajar todos, no había más zángano que los que en las dulces
colmenas se dedicaban a fecundar a las laboriosas abejas.

ARLEQUÍN.- La ventaja de este sistema era la cantidad de
tiempo libre que todos tenían para cultivar las aficiones artísticas
o deportivas por las que sentían inclinación.

COLOMBINA.- Y así, como el aire se llena de aroma que en dulce porfía desprende la flor...

ARLEQUÍN.- ...de igual forma, sus voces sencillas lanzaban romanzas al aire y al sol.

COLOMBINA.- No había rencores.

ARLEQUÍN.- Ni envidias.

COLOMBINA.- Ni celos.

ARLEQUÍN.- Ni guerras.

COLOMBINA.- Ni mal. ¡Qué bello vivir!

ARLEQUÍN.- ¡Qué dulce soñar!

COLOMBINA.- ¡Qué dicha, cantar trabajando!

ARLEQUÍN.- ¡Qué hermosa existencia, vivir para amar!

(Estas palabras las hace suyas ARLEQUÍN para cortejar a COLOMBINA, a la cual se ha acercado y trata de abrazar. Ella se lo quita de encima con gracioso desparpajo y con el brazo extendido le indica el lateral opuesto. Con cierto desencanto, ARLEQUÍN obedece al tiempo que se lleva la mitad de la cortina, mientras que COLOMBINA hace lo propio con la otra mitad, hacia el otro lateral.)

COLOMBINA.- Y así de simple y sencilla es la historia. Y así podría acabar, si no fuera por... **(Mira a ARLEQUÍN, esperando que continúe.)** Si no fuera por... **(ARLEQUÍN no la ve porque está de espaldas, sollozando como un niño.)** Si no fuera por... ¡Continúa, Arlequín!

ARLEQUÍN.- **(Persistiendo en su actitud, con gesto infantil.)** No.

COLOMBINA.- Te toca a ti.

ARLEQUÍN.- **(Se vuelve hacia ella, resignado.)** Tienes razón, hermosa Colombina. Unos labios tan bonitos no deben mancharse con historias de horror.

COLOMBINA.- Pero, ¿qué dices? ¡Si es una farsa!

ARLEQUÍN.- (Cambia de repente del llanto a la risa.)
¡Claro! ¡Tonto de mí!

COLOMBINA.- Recuerda que nuestro papel es el de divertir.

ARLEQUÍN.- ¡Exactamente! (Al público.) Pues, señoras y señores, ocurrió que aquella vida tan hermosa, al parecer, no lo era tanto para el hermano mayor, y así se lo dijo a otro de sus hermanos, que era muy grandote y muy fuerte. Le dijo que estaba hartado de...

COLOMBINA.- ¡Chist! ¡Arlequín!

ARLEQUÍN.- No me interrumpas. Le dijo que ya estaba hartado de...

COLOMBINA.- Lo que le dijo el uno al otro es mejor que lo digan ellos mismos. ¿Recuerdas?

ARLEQUÍN.- ¡Ah! Siempre tienes razón, mi bonita Colombina. ¿Qué sería sin ti de éste pobre bufón?

(Hacen mutis por ambos laterales. La escena está vacía.
Entran JUDÁ y SIMEÓN. El primero es delgado, enjuto,
de mirada vivaz y bajo de estatura; el otro es, por el
contrario, alto musculoso, pero torpe en sus gestos y
ademanos.)

JUDÁ.- A mí, esta vida me irrita. ¡No me gusta!

SIMEÓN.- ¿Qué es lo que no te gusta?

JUDÁ.- Este sistema de vida. ¡Ya estoy hartado!

SIMEÓN.- Pues, a mí sí me gusta.

JUDÁ.- Porque no conoces otra cosa

SIMEÓN.- ¿Y tú sí?

JUDÁ.- Sí. Bueno, no la he visto, pero sé cómo es porque la llevo aquí, en la cabeza.

SIMEÓN.- ¡A ver, a ver! (Con sus enormes manazas coge la cabeza de JUDÁ y la observa.) Pues yo aquí sólo veo pelo.

JUDÁ.- ¡No seas estúpido! Lo que tengo en la cabeza son ideas y proyectos porque poseo una inteligencia que me permite pensar por mí mismo. Claro, eso tú no lo puedes comprender, porque en lugar de sesos, tienes serrín.

SIMEÓN.- ¡A que te doy un tortazo!

JUDÁ.- No te enfades. (**Le mira temeroso, pues un tortazo de SIMEÓN sería mortífero.**) ¿Quieres que te explique mis ideas?

SIMEÓN.- Si no son muy complicadas, bueno. Explícamelas.

JUDÁ.- No. Son muy sencillas. Mi idea es que a cada uno se le dé según se merezca, como en el deporte, por ejemplo: al primero, se le da el primer premio; al que le sigue, el segundo.

SIMEÓN.- Ya. (**Esperando más explicaciones.**) ¿Y todo eso lo llevas en la cabeza? Estarás exhausto. (**Ríe.**)

JUDÁ.- ¡Lo que llevo en la cabeza es muy grande, pero te lo tengo que simplificar para que lo entiendas! ¿A ti te parece natural que al primero se le dé mejor premio que a los demás?

SIMEÓN.- Sí. Así se hace siempre.

JUDÁ.- Se hace sólo en las competiciones, pero no en la vida social. Tú, por ejemplo, eres el más fuerte, físicamente; yo, el más inteligente. Deberíamos ser los mejor considerados en todo. Sin embargo, nos tenemos que conformar con ser como todos, sin que nuestro valer se retribuya como merecemos.

SIMEÓN.- Pero no carecemos de nada. Somos felices.

JUDÁ.- No. Yo no puedo ser feliz con la injusticia. Nosotros producimos más que los pequeños, ¿no es cierto?

SIMEÓN.- Sí, eso sí, pero...

JUDÁ.- ¿Y no ves tú ahí un desequilibrio, una tremenda iniquidad?

SIMEÓN.- Yo no lo veo así. Nuestro Padre nos enseñó a vivir así. Él es bueno.

JUDÁ.- Él nos enseñó, en efecto. Pero una enseñanza no es más que un aprendizaje, una orientación; pero deja de serlo cuando se convierte en imposición.

SIMEÓN.- Nuestro Padre nunca nos ha impuesto nada. Él sólo quiere que nos amemos unos a otros. Somos libres.

JUDÁ.- ¿Libres, de qué y para qué? No podemos ser libres si no podemos alterar ese modo de vivir.

SIMEÓN.- ¿Y para qué lo vamos a alterar?

JUDÁ.- Porque hay otro mejor.

SIMEÓN.- No hay otro mejor.

JUDÁ.- ¿Puedes demostrarlo?

SIMEÓN.- **(Confuso.)** No, ni falta que hace.

JUDÁ.- Pues yo sí puedo demostrarte...

SIMEÓN.- ¡No quiero demostraciones! No quiero hablar más de ese asunto. Nuestro Padre es bueno. Él quiere lo mejor para todos.

JUDÁ.- Está bien, hermanito. Cambiemos de conversación. ¿Qué te parece si hablamos de la Edad de Piedra?

SIMEÓN.- Mejor. Pero, yo de eso no sé nada.

JUDÁ.- ¡Magnífico! Así te enriquecerás al saber algo que ignorabas.

(SIMEÓN le mira.)

¿O es que está prohibido enriquecerse... en ciencia, técnica y erudición, naturalmente?

SIMEÓN.- No, claro. ¿Qué sabes tú de la Edad de Piedra?

JUDÁ.- En la Edad de Piedra se araba la tierra con piedras; con piedras se tenían que cortar los árboles; se cazaba a pedradas. En fin, todo se tenía que hacer con piedras. Hasta que un día, uno de aquellos picapedreros, que era muy inteligente y pensaba, descubrió el hierro, lo forjó, hizo flechas, hachas, arados y se dio un paso de gigante tan grande que cambió todo y se entró en una nueva Era: La del Hierro.

SIMEÓN.- Aquel fue un gran descubrimiento.

JUDÁ.- Eran otros tiempos. Allí estaba permitido pensar, experimentar y buscar nuevas formas de vida. Aquí, pensar es un delito.

(SIMEÓN **reflexiona**. JUDÁ **le observa con mucho interés**.)

SIMEÓN.- El caso es que por probar... ¿En qué consisten esas ideas que tienes?

JUDÁ.- (**Muy contento por lograr la curiosidad de SIMEÓN**.) Ven, te explicaré mis proyectos con toda minuciosidad.

(**Entran COLOMBINA y ARLEQUÍN cerrando las cortinas**.)

COLOMBINA.- Y éste es el comienzo de todo lo que vino después.

ARLEQUÍN.- Por eso, los gobernantes no quiere que se piense, porque después pasa lo que pasa. Durante varios días estuvieron los dos charla que te charla, o mejor, charla que te escucha. Porque el que escuchaba no hablaba y el que hablaba no dejaba hablar al que escuchaba. Así, ocurrió... (**Se ha perdido y mira a COLOMBINA para que le eche una mano**.) Ocurrió...

COLOMBINA.- Ya te has hecho un lío.

ARLEQUÍN.- ¡Eso, eso! Le hizo un lío del que no sabía cómo desenredarse.

COLOMBINA.- Y cuando tuvieron madurado su plan fueron a parlamentar con el buen PADRE.

ARLEQUÍN.- Y ni corto ni perezoso, ¡zas! Se lo encasquetaron.

(**Se van los dos llevándose las cortinas. En escena está el PADRE, un anciano de barbas blancas, sentado, y a su lado, de pie, JUDÁ y SIMEÓN**.)

PADRE.- Es cierto, como decís, que vosotros rendís más en vuestro trabajo que cualquiera de mis pequeñuelos. Sin embargo, no trabajáis más que ellos, pues a la misma hora que ellos comenzáis la jornada y a la misma la concluís.

SIMEÓN.- Sí; pero es que una hora mía vale por tres de las tuyas.

PADRE.- Lo sé. La naturaleza te ha dotado de vigorosos músculos. ¿Qué has comido hoy?

SIMEÓN.- Hoy he almorzado un cochinito asado, dos perdices y media docena de huevos. **(Baja la cabeza un tanto avergonzado.)** Reconozco que en eso soy un poco bestia.

PADRE.- Pues tres de tus hermanos pequeños no podrían ingerir de una sola vez toda esa comida. Sin embargo, ellos jamás se quejan, sino más bien, observan divertidos tu forma de comer. Tus vestidos también son muy grandes. En fin, tus necesidades son mayores, pero están cubiertas.

JUDÁ.- Quizá el planteamiento que ha hecho Simeón no es el correcto. Lo que nosotros decimos es que producimos más que gastamos. Y esa parte que sobra queremos guardarla cada uno.

SIMEÓN.- ¡Eso, eso! De esta forma se evitarán líos y discusiones y yo puedo disponer libremente de lo mío y éste de lo suyo.

PADRE.- ¡No volváis a pronunciar jamás esas malditas palabras de tuyo y mío!

JUDÁ.- Con esa postura estás impidiendo nuestra libertad, nuestro desarrollo y el progreso porque no hay estímulo personal. Todos están tentados por la holgazanería y se inhiben.

PADRE.- Si el progreso ha de basarse en el individualismo será un progreso monstruoso y maldito.

JUDÁ.- Sigue pensando así, si lo deseas. Pero con tu paternalismo protector mantienes la comunidad en un infantilismo perpetuo, nadie sabrá hacer nada por sí solo y siempre se apoyará en el otro.

PADRE.- La verdadera comunidad no ha de ser de bienes, solamente, sino de vida y de acción. Un solo espíritu debe presidirla, y un solo sentimiento servirla de aglutinante: el amor. Yo soy ese espíritu. Yo infundo ese amor.

JUDÁ.- Bien. Ya tenemos claro cuál ha de ser nuestro proceder.

PADRE.- Me alegro, hijos. De todas formas, ya sabéis que no soy yo personalmente quien piensa y decide los caminos a seguir. Es la comunidad quien decide y ante ella debéis exponer vuestras ideas. Convocaré a todos.

(El PADRE se levanta y hace mutis con un gesto de preocupación. JUDÁ y SIMEÓN le contemplan en su salida.)

SIMEÓN.- Has hablado muy bien. Yo estoy ahora más convencido. Pero será muy difícil sacar a Padre de sus casillas.

JUDÁ.- Ya es viejo y chochea. Lo importante es conocer sus pensamientos y su opinión sobre los nuestros.

SIMEÓN.- Bueno, eso ya lo sabemos. ¿Y ahora, qué?

JUDÁ.- Tú ten paciencia y déjame pensar.

SIMEÓN.- La paciencia se me acaba. ¡Yo quiero acción!

JUDÁ.- Muy pronto entrarás en acción al poner en práctica mis ideas. **(Con aire siniestro.)** Yo pienso que el viejo tiene que desaparecer.

SIMEÓN.- **(Asustado.)** ¿Piensas, acaso, matarlo?

JUDÁ.- ¡No, no! **(Hipócrita.)** La violencia me repugna. Pero ha de quitarse de nuestro camino.

SIMEÓN.- ¡Ah! Bueno; eso es otra cosa. ¿Y cómo se va a quitar de nuestro camino?

JUDÁ.- **(Con un gesto de sagacidad, astucia y perfidia.)** Podría hacer un largo viaje.

SIMEÓN.- ¿Un largo viaje? ¿Adónde va a ir?

(JUDÁ va cogiendo más seguridad en sí mismo y en que sus proyectos son imparables con SIMEÓN a su lado. A su astucia y sagacidad va añadiendo petulancia. Es aquí donde debe de empezar la transformación de él en POLICHINELA y SIMEÓN en PANTALÓN. El primero ya se pondrá una nariz aguileña y el otro, un sombrero. Así, poco a poco, se irán metamorfoseando.)

JUDÁ.- Lo del viaje será la razón de su ausencia para aquellos que quieran saber dónde está. Pero será el destierro en un lugar lejano, apartado, de donde no volverá a importunarnos.

SIMEÓN.- ¿Y tú crees que los demás se van a creer eso del viaje?

JUDÁ.- No tendrán otra alternativa, querido.

SIMEÓN.- ¡Pues, manos a la obra! Ahora mismo le cojo y...

JUDÁ.- ¡Quieto, tranquilo! Debo antes pensar mucho.

SIMEÓN.- ¡Ah, bueno! Pues vamos a pensar.

JUDÁ.- Tú no sabes, ni necesitas pensar. Tu misión es poner tu fuerza al servicio de mis ideas.

SIMEÓN.- Mi fuerza la tengo en forma. **(Muestra sus bíceps.)** ¡Mira, mira!

JUDÁ.- ¡Magnífico! Pero aún no es hora de aplicarla. Yo te diré cuándo has de actuar.

(Entra el PADRE rodeado de todos los pequeños, de todos los personajes de la obra. JUDÁ y SIMEÓN siguen con su transfiguración añadiendo nuevas piezas de su indumentaria definitiva. Esta será completa cuando el nombre nuevo se indique. JOSÉ es el mayor dentro de los pequeños y BENJAMÍN, el menor, casi un niño y en los momentos difíciles permanecerá constantemente al lado de JOSÉ, buscando protección.)

PADRE.- Mi deseo, hijos, es que todo en nuestra vida lo tengáis en común.

JOSÉ.- Sí, Padre; así lo hacemos.

PADRE.- Pero vuestros hermanos mayores tienen otras ideas.

DAN.- Bien. Pues que hablen y digan lo que quieran.

SIMEÓN.- **(Impaciente.)** Yo lo que digo es que...

JUDÁ.- **(Aparte.)** ¡Chist! ¡Calla!

SIMEÓN.- Pero, tenemos que decirles...

JUDÁ.- ¡Nada! El silencio es ahora lo mejor.

JOSÉ.- Vamos, muchachos, no seáis tímidos.

GAD.- Hablad.

JUDÁ.- Después de la conversación que hemos tenido con nuestro Padre estamos reflexionando. Ya os informaremos más adelante.

BENJAMÍN.- ¿No les notáis un poco raro?

DAN.- Sí. Eso me ha parecido a mí.

JOSÉ.- Es verdad. Yo les noto un poco cambiados.

GAD.- Y yo, también.

(**Entran ARLEQUÍN y COLOMBINA cerrando las cortinas.**)

COLOMBINA.- De momento no pasó nada más.

ARLEQUÍN.- Por lo menos, en apariencia.

COLOMBINA.- Pero los mayores no dejaban de pensar.

ARLEQUÍN.- Hasta que un día, cuando todos se fueron a la cama, ellos decidieron realizar su plan.

COLOMBINA.- Maniataron al buen Padre y desaparecieron en la oscuridad de la noche.

ARLEQUÍN.- Jamás se supo dónde le llevaron.

COLOMBINA.- Cuando llegó el día en que todos tenían por costumbre reunirse con el Padre, notaron su ausencia.

ARLEQUÍN.- Entonces fue cuando los grandullones tuvieron que explicar la razón de su ausencia.

COLOMBINA.- Y empezaron a poner en práctica lo que habían tramado.

(**Se van los dos. En escena, todos, excepto el PADRE.**)

JOSÉ.- ¿Dónde está nuestro Padre?

JUDÁ.- Ha tenido que hacer un largo viaje del que tardará algún tiempo en volver.

GAD.- ¿Y por qué no nos lo anunció a todos?

SIMEÓN.- Porque no le dio tiempo. Era un problema urgente que no admitía demora.

JOSÉ.- ¿Qué problema es ése?

SIMEÓN.- (Con candidez y torpeza, que cada vez será mayor.) No lo sé. Se fue sin decimos nada.

DAN.- ¿Entonces, cómo sabes que se trata de un problema que no admitía demora?

SIMEÓN.- Pues, no sé. Bueno sí lo sé. ¿Qué pasa?

BENJAMÍN.- ¿Y qué haremos ahora sin él?

SIMEÓN.- ¡Pues trabajar, como siempre! ¿O es que no podemos valernos por nosotros mismos?

JOSÉ.- No es eso. Él es quien vela por la pureza de nuestra comunidad.

JUDÁ.- Seremos nosotros quienes velaremos por esa pureza. Hemos pensado, mientras tanto, que debemos repartimos todos los bienes, para que cuando él vuelva cada uno le dé cuenta de lo que ha hecho de su parte.

JOSÉ.- ¿Y por qué se ha de repartir?

GAD.- Eso es destruir nuestra unidad.

JUDÁ.- Él dijo que hiciéramos lo que quisiéramos.

JOSÉ.- Pues, si es así, seguiremos como estamos. Eso es lo que queremos.

JUDÁ.- Pero, de esta forma no se distingue el vago del laborioso ni al torpe del inteligente. Y no es eso lo malo, sino que el indolente, el torpe y haragán lo seguirán siendo siempre, pues en el conjunto no se aprecian sus defectos. En cambio, cuando cada uno tenga su propiedad privada, sabiendo que si no se preocupa por ella trabajando con entusiasmo no prosperará, tendrá que agudizar su ingenio, lo que sin duda le hará más perfecto cada vez.

DAN.- ¿Cómo se haría el reparto?

JUDÁ.- A cada uno se le dará con arreglo a su capacidad, a su necesidad, y de acuerdo con la actividad que ahora desarrolla.

DAN.- Bueno, lo pensaremos despacio, con todo detenimiento.

SIMEÓN.- ¡Ni hablar! ¡Esto ya está pensado, requetepensado, y no se piensa más!

DAN.- Lo habéis pensado vosotros, pero nosotros, no. No podemos aceptar sin razonarlo.

SIMEÓN.- ¡No podemos perder más tiempo! Vosotros, lo que queréis es ir dando largas al asunto y no salir nunca de donde estamos.

JOSÉ.- Nadie, excepto vosotros, siente necesidad de cambiar nuestra forma de vivir. Si tanto os desagrada vivir en comunidad y tener vuestra propiedad privada, os damos la parte que os corresponde, y en paz.

JUDÁ.- No se trata de hacer esto para siempre. Esto no es más que un experimento, y para eso necesitamos el concurso de todos.

DAN.- De todas formas, necesitamos tiempo para pensarlo.

SIMEÓN.- ¿Es que no os he dicho que ya está muy pensado?

JUDÁ.- Es cierto, hermanito. Hemos asumido la dura tarea de reflexionar.

DAN.- Para mí no es duro reflexionar.

SIMEÓN.- Sí, ya sé que tú eres de los que le dan vueltas al coco.

BENJAMÍN.- Bueno, pues decidnos qué hemos de hacer.

JOSÉ.- No seas incauto, Benjamín. Esto no está nada claro; ni la marcha de nuestro Padre ni el sistema que nos proponen.

(SIMEÓN ha terminado su transformación y queda totalmente vestido de PANTALÓN. Se va hacia JOSÉ, le coge por la pechera y lo zarandea como a un pelele. Los demás se agrupan temerosos.)

PANTALÓN.- ¡Eh, tú! Si vuelves a oponerte a nuestros planes te retorceré el pescuezo. ¿Te enteras?

JUDÁ.- Paz. Que haya paz, pues me repugna la violencia. Tengamos el reparto en paz. Primero repartiremos los bienes y después haremos leyes que regulen la propiedad privada de cada uno.

DAN.- ¿Y no sería mejor empezar por la elaboración de esas leyes?

PANTALÓN.- ¡No, no, no! Las leyes las haremos nosotros. Para hacer leyes no vale cualquiera.

ASER.- Podemos aprender.

PANTALÓN.- No, ¡qué va! Hay que nacer con ese don. ¡Anda, que no es difícil hacer leyes!

DAN.- ¿Entonces, nosotros nunca podremos hacer leyes?

JUDÁ.- Podéis estudiar para aplicar las leyes o para defenderos de su rigor.

DAN.- Pues yo, no acepto.

JOSÉ.- Ni yo.

GAD.- Ni yo.

RUBÉN.- Yo, tampoco.

PANTALÓN.- ¡Pues peor para vosotros, porque os quedaréis sin nada, y al que proteste le aplastaré de un puñetazo!

JUDÁ.- (**Aparte, a PANTALÓN.**) No seas bruto. Hay que hacer las cosas con legalidad.

PANTALÓN.- ¿Con legalidad?

JUDÁ.- Claro. Si te pones tan violento van a creer que nos imponemos por la fuerza.

PANTALÓN.- ¿Pero no habíamos quedado en que yo tenía que poner la fuerza?

JUDÁ.- Sí; pero ahora hay que aplicar la sutileza. (**Queda transformado totalmente en POLICHINELA.**) Escuchadme, muchachos. No creáis que esto lo hacemos por mero capricho. Ahora, ninguno es totalmente libre para usar, disfrutar y abusar, si queremos, de nuestros bienes.

JOSÉ.- La comunidad ha de velar por el uso correcto de los bienes e impedir que nadie los use inmoderadamente.

POLICHINELA.- Luego estamos sujetos a la inquisición y censura de los demás. Y eso es lo que queremos evitar con la propiedad privada.

JOSÉ.- ¡Pues no podemos consentirlo!

GAD.- Tiene razón José.

POLICHINELA.- Pero si ya os hemos dicho que se trata de un experimento social, sólo en ausencia del Padre.

JOSÉ.- Esto me huele a traición con alevosía.

PANTALÓN.- (Acercándose a él con tono y actitud amenazante.) ¿Decías algo?

JOSÉ.- (Con desprecio.) No.

DAN.- Aquí hay gato encerrado.

RUBÉN.- Veremos en qué queda todo esto.

GAD.- ¡No debemos consentirlo!

BENJAMÍN.- Entonces, nos pegarán.

JOSÉ.- Si no defendemos ahora nuestra comunidad no lo haremos nunca.

BENJAMÍN.- Ellos son muy fuertes.

GAD.- ¡Nosotros somos más! ¡Si estamos unidos no podrán con nosotros!

DAN.- Tenéis razón. ¡Hay que luchar!

PANTALÓN.- ¡Bueno, se acabó! ¡Cada mochuelo a su olivo! Mañana se hará el reparto, si no tenéis nada que objetar.

DAN.- Yo sí tengo que objetar.

PANTALÓN.- Pues lo dejas para mañana, ¡so mocososo!

BENJAMÍN.- Nos pegarán. Éste es muy fuerte y muy bruto.

RUBÉN.- Será mejor aceptar por las buenas. De todas formas, no sabemos cómo será lo que ellos proponen.

(**Entran COLOMBINA y ARLEQUÍN cerrando las cortinas.**)

COLOMBINA.- Los pequeñuelos no tuvieron más remedio que aceptar.

ARLEQUÍN.- No por la fuerza dialéctica del que pensaba, sino por la fuerza de los puños del que no solía pensar.

COLOMBINA.- Se hizo, pues, el reparto de las tierras, de los ganados y de todos los bienes.

ARLEQUÍN.- A unos les tocaron las tierras de labranza en los fértiles campos de secano.

COLOMBINA.- A otros, las de las vegas de los caudalosos ríos.

ARLEQUÍN.- Otros se hicieron cargo de los viñedos y frutales.

COLOMBINA.- El ganado fue adjudicado a quienes se ocupaban de este menester.

ARLEQUÍN.- Y de igual forma fueron repartidos los inmuebles, los bosques y los graneros.

(**Se van los dos llevándose las cortinas.**)

POLICHINELA.- Para que veáis que en reparto no tenemos afán de lucro, os dejamos a vosotros todas las tierras cultivables y el ganado. Nosotros sólo nos hemos quedado con los bosques, de los que sólo podemos obtener pesca, caza...

PANTALÓN.- ¡Y leña!

ZABULÓN.- También os habéis quedado con los graneros.

POLICHINELA.- Sí; es cierto. Pero el grano lo hemos repartido entre todos.

DAN.- ¿Y para qué queréis los graneros si no tenéis tierras que os produzcan grano?

PANTALÓN.- (**Aparte.**) ¡Ya está el mocososo éste con sus preguntitas!

POLICHINELA.- Nos servirá para almacenar leña para el invierno.

PANTALÓN.- ¡Pues, hala! Ya está hecho el reparto. Ahora cada uno es libre de hacer lo que quiera con su parte. Así que si no hay más preguntas...

DAN.- Yo quiero preguntar una cosa.

PANTALÓN.- Pues lo dejas para otro día, porque ya es tarde.

(**Entran COLOMBINA y ARLEQUÍN.**)

COLOMBINA.- A los pequeños, en principio, les resultó difícil amoldarse al nuevo sistema de vida.

ARLEQUÍN.- El caso es que cada uno siguió ejerciendo la misma actividad que antes tenían.

COLOMBINA.- Pero ahora estaban solos para trabajar, solos para sentir y cantar.

ARLEQUÍN.- Solos para pensar en el mañana.

COLOMBINA.- El mañana: un pensamiento que nunca antes les había preocupado.

ARLEQUÍN.- La posesión de bienes materiales fue condicionando sus vidas.

COLOMBINA.- Les aterraba la idea de perder lo que tenían y trabajaban sin descanso, mirando con recelo a los demás.

ARLEQUÍN.- Y la soledad era cada vez más profunda, más terrible.

COLOMBINA.- El espíritu solidario y de hermandad se fue perdiendo.

(**Se van los dos. En escena están todos, pero separados, más que por la distancia, por la actitud recelosa de unos para con otros. Unos afilan herramientas; otros, cavan; otros, comen; otros acotan un espacio en su rededor. A JOSÉ, que es el que estaba cavando, se le rompe la azada. Preocupado, se dirige a LEVÍ, que es el que come.**)

JOSÉ.- (A LEVÍ.) Hermano: se me ha roto la azada y no podré trabajar hasta que la arregle. Préstame la tuya.

LEVÍ.- Si te la presto, ¿con qué voy a trabajar yo?

JOSÉ.- Tú has terminado de cavar tus viñedos.

LEVÍ.- Y si me la rompes, como has hecho con la tuya, ¿qué?

JOSÉ.- Te daré otra nueva.

LEVÍ.- ¿Otra nueva? ¿Y dónde la vas a adquirir?

JOSÉ.- No sé. La fabricaré yo mismo. Sé hacerlo.

LEVÍ.- ¿Qué me vas a dar si te la presto?

JOSÉ.- Lo que necesites de mí, lo tendrás.

LEVÍ.- Eso habría que verlo. Las herramientas se desgastan con el uso. Y por ese desgaste me tienes que pagar.

JOSÉ.- Pero, Leví, eso es usura. Eso no ha ocurrido nunca entre nosotros.

LEVÍ.- Eso era antes. Ahora cada uno va a lo suyo. Si quiero comer carne le tengo que pagar al que la tiene. He de velar por mis intereses.

JOSÉ.- Tenemos que luchar por traer de nuevo a nuestro Padre para volver al sistema comunitario.

LEVÍ.- ¡A mí déjame de lucha! Estoy muy ocupado pensando en lo mío.

(**Entran COLOMBINA y ARLEQUÍN.**)

COLOMBINA.- Los pequeñuelos se afanaban con lo suyo.

ARLEQUÍN.- Y los grandullones se daban la gran vida cazando y pescando en los bosques de su propiedad.

COLOMBINA.- No seas malo, Arlequín. Trabajaban de otra forma: pensando y pensando.

ARLEQUÍN.- Extraña ocupación, mi bella Colombina. ¿Y en qué pensaban?

COLOMBINA.- Ahora mismo lo vamos a ver. Porque cuando se hizo la recolección de las cosechas apareció un problema. ¿Dónde guardar el fruto?

ARLEQUÍN.- ¡Ah, claro! Porque los graneros les había tocado a los mayores.

COLOMBINA.- Pero, estos, que mientras los pequeños trabajaban se habían dedicado a pensar, ya tenían resuelto el problema.

(Se van. En escena, los pequeñuelos con haces, cestas de diversos productos, sacos, fardos, etc. También están POLICHINELA y PANTALÓN. El primero está sentado en una mesa. A su lado hay una gran caja fuerte.)

POLICHINELA.- Nuestros graneros albergarán vuestros productos.

ZABULÓN.- ¡Qué buenos son!

ASER.- ¡Y qué inteligentes!

POLICHINELA.- Como aquel que sólo produce trigo necesitará otros alimentos que no tiene, no tendrá más remedio que cambiar. Eso ya lo habréis comprobado.

LEVÍ.- Sí. Eso es un poco lioso.

POLICHINELA.- Cambiar productos por productos es muy complicado, pues las equivalencias no coinciden. Por eso hemos inventado unas chapitas de metal y unos papelitos que os servirán para el intercambio.

NEFTALÍ.- Eso es muy complicado.

DAN.- Yo no lo entiendo.

BENJAMÍN.- ¡Uy, uy, uy, qué lío!

ISACAR.- Veremos con lo que salen ahora.

POLICHINELA.- No es nada complicado. Es muy sencillo. Vosotros nos daréis vuestros productos y nosotros os daremos chapas de metal y papelitos.

NEFTALÍ.- ¿Y para qué queremos nosotros eso?

ASER.- ¿Acaso eso se come?

BENJAMÍN.- ¡Uy, qué mal me huele esto!

JOSÉ.- Algo malo están tramando.

GAD.- De éstos tíos no se puede esperar cosa buena.

POLICHINELA.- No seáis torpes ni desconfiados. Esas chapas y papelitos son un instrumento de cambio que no tienen valor por sí mismos, sino por lo que representan.

DAN.- ¿Y qué valor puede representar esos papeles?

POLICHINELA.- Como todos sabéis, la superficie de nuestros bosques es de cien mil hectáreas, más o menos. El valor de cada hectárea es equivalente a cincuenta corderos, o dos vacas, o mil gallinas, o cien sacos de trigo. De acuerdo con eso os daremos tantos papelitos como productos nos entreguéis, os servirán para cambiar entre vosotros y siempre tendrán la garantía de nuestros bosques y campos, ya que cada una representa una o varias porciones de ellos.

ZABULÓN.- ¡Eso es complicadísimo!

ASER.- ¡Menudo lío!

POLICHINELA.- No es nada complicado. Con esas chapitas y papelitos que habéis obtenido por la entrega de vuestros productos podéis comprar otras cosas, como carne, tomates, trigo, etc., sin necesidad de ir con un cordero bajo el brazo dando a uno las chuletas a cambio de lentejas, a otros una pierna a cambio de chorizo, a otros una paletilla a cambio de zanahorias.

PANTALÓN.- (**Impaciente.**) Bueno, ¿qué pasa? ¿Lo aceptáis, o no?

ZABULÓN.- Yo no me enterado bien, pero probaré.

ISACAR.- Yo no lo entiendo bien, pero ellos son muy inteligentes y saben lo que hacen.

BENJAMÍN.- ¡Uy, uy, uy! ¡Qué lío!

PANTALÓN.- Los que quieran, que pasen por aquí.

(Los pequeños hacen cola ante la mesa. JOSÉ, GAD y DAN permanecen rezagados.)

POLICHINELA.- También hemos pensado otra cosa.

BENJAMÍN.- No. Si al final nos liarán.

POLICHINELA.- Como a cambio de vuestros productos os llevaréis muchas chapitas y papelitos no vais a tener sitio donde guardarlos.

LEVÍ.- Eso que cada cual se las apañe. Yo sé donde guardarlo.

POLICHINELA.- Debéis ser sensatos y escuchar lo que os proponemos. Si los guardáis vosotros, lo mismo lo perdéis, o pueden robarlo. Si lo enterráis, pueden pudrirse o roerlos los ratones. Nosotros hemos construido una caja muy grande y muy fuerte donde a cubierto de todo riesgo lo podéis conservar.

(SIMEÓN se encarga de mostrar la caja.)

Y aparte de la seguridad de que nadie podrá robarlas, os producirán más chapitas. Es como si guardáis una gallina y al cabo del tiempo os encontráis un huevo.

ZABULÓN.- Yo no pienso tanto como vosotros, pero eso de que una chapita ponga un huevo...

NEFTALÍ.- Yo eso no me lo trago.

ISACAR.- ¡Poner huevos una chapita! ¡Bah!

ASER.- Yo eso no me lo trago.

BENJAMÍN.- ¡Qué tíos más liantes!

POLICHINELA.- Sois tan torpes que no habéis comprendido el ejemplo. Se trata de que el que deposite en la caja cien chapitas, al cabo del año se encontrará ciento tres.

LEVÍ.- ¿Cómo va a tener ciento tres si sólo metieron cien?

RUBÉN.- Yo no he visto nunca que un trozo de lata ponga un huevo, o para como una vaca.

DAN.- Claro. Como las chapas y papeles son materias inorgánicas que no paren ni se reproducen, lo que dicen es una trola.

LEVÍ.- Pues ellos dicen que sí.

RUBÉN.- Es que ellos son muy listos y saben mucho.

PANTALÓN.- ¡No se trata de que paran, idiota, sino que aumentan de valor!

DAN.- ¿Y en virtud de qué aumentan de valor? Porque lo que ha dicho este es que aumenta la cantidad, no el valor. Es decir, un aumento cuantitativo y no cualitativo. Tú, en cambio, afirmas que es un cambio cualitativo y no cuantitativo.

PANTALÓN.- Me está haciendo un lío.

DAN.- Quienes se hacen un lío sois vosotros con vuestras propias contradicciones. Porque en cualquiera de los casos, ya sea cuantitativo o cualitativo, ¿en orden a qué ese cambio? Porque vuestras tierras no crecen ni aumentan.

PANTALÓN.- ¡A mí, este muchacho me saca de quicio! ¡Qué enrevesado es el chiquillo éste!

POLICHINELA.- (**Aparte.**) Déjame a mí. (**A DAN.**) Aquí no hay truco, ni engaño, ni misterio. Ahora esos montes son de robles, fresnos, encinas, castaños y otros árboles. Pero si nosotros plantamos cerezos, almendros, higueras, olivos y otras especies frutales, no cabe duda de que ha habido un cambio cualitativo, por lo que si vuestras chapas, que representan un trozo de robledal, al ser de cerezos valdrán más.

DAN.- Sí; eso es más razonable. De todas formas me gustaría, con más detenimiento, pensarlo mejor.

PANTALÓN.- ¡Ya estoy harto de tanto pensar! ¡Pues sólo me faltabas tú para calentarme la cabeza!

POLICHINELA.- (**Aparte.**) Tranquilo. Déjame actuar a mí ahora.

PANTALÓN.- (**Aparte.**) Tú también eres otro liante. A mí no me habías dicho nada de los cerezos y los olivos.

POLICHINELA.- Eso se me ha ocurrido ahora para dar respuesta a ese.

PANTALÓN.- ¡Venga, los que quieran meter las chapas aquí, que pasen ya!

(Los pequeños, dubitativos, recelosos, desconfiados, pero resignados, hacen cola para depositar las bolsas con las chapas. POLICHINELA les da un resguardo y PANTALÓN las va guardando en la caja.)

RUBÉN.- Veremos qué sale de todo esto.

ZABULÓN.- Pues lo mismo sale una granja, por eso de los huevos.

ISACAR.- Tú tómallo a broma y verás.

ZABULÓN.- Es que si me lo tomo en serio lo mismo me hacen una tortilla de un estacazo.

JOSÉ.- Esto es un atropello.

GAD.- Eso es lo que yo pienso.

JOSÉ.- ¿Y por qué nos tenemos que someter a lo que ellos quieren?

GAD.- No nos queda otra alternativa.

JOSÉ.- Sí. Podemos guardar nuestros productos nosotros mismos.

GAD.- ¿Dónde? Yo no tengo donde guardarlo. Nosotros solos no podemos hacer nada.

(Los pequeños van recogiendo el resguardo de las chapitas guardadas en la caja. Observan el papel con curiosidad.)

LEVÍ. **(Satisfecho, le enseña su papel a ZABULÓN.)** Mira.

ZABULÓN.- ¿Estás contento?

LEVÍ. **(Alegre.)** Sí. Mira la cantidad que tengo.

ZABULÓN.- Está muy bien. Pero yo tengo más.

LEVÍ. **(Contrariado.)** ¿Más que yo? ¿Por qué?

ZABULÓN.- Yo he trabajado mucho.

LEVÍ.- Yo también, pero tengo menos que tú.

ZABULÓN.- Cuando te lo dieron estabas contento.

LEVÍ.- Sí, pero es que tú tienes más.

ZABULÓN.- **(Contento.)** Suerte, muchacho. Hay que resignarse.

(LEVÍ se va **refunfuñando**. ASER se acerca a ZABULÓN con su papel y se lo muestra.)

ASER.- ¡Hola Zabulón! Te veo muy contento.

ZABULÓN.- Sí. Mira la cantidad de chapitas que tengo.

ASER.- No está mal. Yo tengo más.

ZABULÓN.- ¿Más que yo? ¿Por qué? ¡Yo he trabajado sin descanso!

ASER.- Yo también. Mi cosecha ha sido abundante. Tengo mucha suerte.

ZABULÓN.- ¡Maldita sea!

(Se va como lo hizo LEVÍ y se acerca ISACAR.)

ISACAR.- ¡Hola, Aser! Estás muy contento.

ASER.- Sí. Mucho. Tengo muchas chapitas.

ISACAR.- ¡Qué bien! Yo tengo más.

ASER.- (Palideciendo.) ¿Más que yo?

ISACAR.- Sí. Mira.

ASER.- ¿Y por qué tienes tú más que yo?

ISACAR.- Porque yo he trabajado mucho.

ASER.- Más que yo, imposible.

ISACAR.- Estabas contento hace un momento.

ASER.- Sí. ¡Pero es que tú tienes más que yo!

ISACAR.- Hay que conformarse, muchacho

(Cuando terminan de entregar los papeles, PANTALÓN empuja la caja hacia el lateral y saca dos palos con una red.)

POLICHINELA.- ¡Eh! ¡Venid todos, mirar lo que hemos inventado!

(Se acercan todos y miran con curiosidad el artefacto que les muestra POLICHINELA.)

BENJAMÍN.- ¡Ahí va! ¿Y eso qué es?

RUBÉN.- Parece una trampa para cazar pájaros.

NEFTALÍ.- Eso debe ser un sombraje.

DAN.- ¿Cómo va a ser un sombraje si eso no da sombra?

LEVÍ.- Eso es una red y debe servir para pescar.

ASER.- Con agujeros tan grandes se podrá pescar poco.

BENJAMÍN.- Sí, pero el que pesque...

POLICHINELA.- ¡Atención! Esto es una cama colgante.

BENJAMÍN.- ¡Atiza!

ZABULÓN.- ¡Arrea!

ASER.- ¡Toma!

BENJAMÍN.- ¿Y para qué sirve?

PANTALÓN.- ¿Para qué va a servir una cama, animal? Pues para dormir.

ZABULÓN.- Pues, anda que si se rompen las cuerdas, el golpe que te pegas es de aúpa.

PANTALÓN.- No se pueden romper porque son muy resistentes.

LEVÍ.- Ahí por las noches debe hacer mucho frío.

PANTALÓN.- Esta cama no es para dormir por las noches.

DAN.- O sea, que esa cama es para dormir cuando no hay que dormir.

PANTALÓN.- Es para dormir la siesta.

DAN.- Entonces es una cama para el verano, nada más.

PANTALÓN.- ¡Esta cama es para dormir la siesta en verano, en invierno o cuando te salgan de las narices!

POLICHINELA.- (**Aparte.**) Tranquilo, no te excites. ¡Escuchad, muchachos! ¡Atentos! La cama es para descansar cuando en medio de la jornada nos agobie la fatiga. Esto es un adminículo ascendido, ondulante, oscilante, refrescante, relajante y laxativo.

BENJAMÍN.- ¡Ahí va! ¡Eso sí que es bonito!

ASER.- ¿Pero no decía que era una cama?

POLICHINELA.- Pues claro que es una cama.

LEVÍ.- Como dices que es un adminículo...

POLICHINELA.- Eso es lenguaje ilustrado. Su principal valor es lo fresquito que se está en ella.

DAN.- Más fresco se está bajo un fresno a la orilla del río.

POLICHINELA.- Se puede colocar entre dos sauces en el río o entre dos robles en el monte.

DAN.- Pero se necesitan dos árboles. Y donde no haya árboles, ¿qué?

PANTALÓN.- Se puede colocar colgada entre dos palos.

DAN.- Pero ahí, sin la sombra de un árbol te achicharras en verano.

POLICHINELA.- La puedes poner a la sombra de una tapia.

DAN.- No, no. A mi no me convence ese trasto.

PANTALÓN.- ¡Pues no lo compres, pero cállate!

LEVÍ.- ¡Ah! ¿Es que lo vendes?

POLICHINELA.- Sí.

ZABULÓN.- ¿Cuánto cuesta?

POLICHINELA.- Muy poco. Cincuenta chapitas, nada más.

BENJAMÍN.- ¡Jopé! ¡Y dice que poco!

ZABULÓN.- Me quedo con ella.

LEVÍ.- La quiero yo.

ZABULÓN.- Yo la he pedido antes.

LEVÍ.- Porque eres un envidioso. Yo levanté la mano antes que tú.

ISACAR.- Pues para ninguno de los dos. Me la quedo yo.

POLICHINELA.- Tranquilo, muchachos. Hay más. Tenemos otras cosas muy divertidas.

(Por fin se la queda LEVÍ. Se sube a ella con dificultad. Una vez arriba mira a todos, muy orgulloso, y les saca la lengua, refriega sus puños para darles envidia.)

Mirad a éste que ha adquirido la cama con qué placidez duerme la siesta sin que le molesten los insectos himenópteros y coleópteros.

(Pero LEVÍ no duerme, sino que sigue dando envidia a los demás. PANTALÓN, para que duerma, como dice POLICHINELA, le da un capón en la cabeza y lo deja groggy.)

BENJAMÍN.- ¿Qué clase de bichos son esos?

POLICHINELA.- Las hormigas y los escarabajos, niño.

(Hay ahora en todos una actividad frenética, como en una cámara rápida del cine. PANTALÓN ha ido sacando más camas, que son ocupadas por otros. Sacan más cosas, diversidad de objetos que no valen para nada, como yoyós, etc. Mientras más idiotas, mejor. Los pequeños van entregando chapitas y papelitos y POLICHINELA echándolos en una bolsa grande. Esta tendrá dentro un globo que se irá inflando, por lo que se la ve engordar y engordar. Toda esa frenética actividad es cortada por COLOMBINA y ARLEQUÍN, que entran cerrando las cortinas.)

ARLEQUÍN.- Ya se habrán supuesto ustedes lo que va a pasar. ¿A que sí?

COLOMBINA.- Claro. Las chapitas y papелitos de los pequeños fueron pasando a manos de los grandullones.

ARLEQUÍN.- Cuando se les agotaron los productos que habían guardado para su consumo inmediato, fueron a comprar más.

COLOMBINA.- ¿Y quiénes disponían de productos?

ARLEQUÍN.- Los mayores.

COLOMBINA.- Pues veamos lo que pasó.

(Se van los dos con las cortinas. **POLICHINELA** y **PANTALÓN** tienen un puesto con diversidad de productos. Los pequeños se acercan a comprar.)

DAN.- Dame un pan.

POLICHINELA.- Son tres chapitas.

DAN.- ¿Cómo que tres? Son dos.

POLICHINELA.- Eso era antes. Ha subido

DAN.- ¿Por qué? Siempre se ha hecho un pan con un kilo de trigo. ¿Es que para hacer el mismo pan hace falta kilo y medio?

POLICHINELA.- No.

DAN.- Entonces, no veo la razón para pagar más.

JOSÉ.- ¡Esto es un abuso!

GAD.- ¡Un robo!

DAN.- ¡No hay derecho!

POLICHINELA.- ¡Vosotros sois unos egoístas! Nosotros, por guardarlo, tenemos que ganar algo. Tenemos muchos riesgos. Las ratas se comen el trigo y roen otros alimentos. Otros productos, con el tiempo, pierden peso. En cambio, vuestras chapitas están seguras en la caja. ¿No os producen vuestras chapitas ahí guardadas unos beneficios?

JOSÉ.- Sí. Unos beneficios de tres chapitas de cada cien, en un año. Pero ahora nos queréis cobrar tres por lo que antes valía dos.

DAN.- Eso supone el cincuenta por ciento.

GAD.- Y en menos de un año.

BENJAMÍN.- ¡Ay, qué tíos más liantes!

PANTALÓN.- ¡El negocio es el negocio! Si no lo pagáis no os lo daremos.

GAD.- Pero si no nos lo dais, moriremos de hambre.

POLICHINELA.- ¡Claro, tontos! ¿No es mejor pagar una chapita más que morir de hambre?

(**Entran COLOMBINA y ARLEQUÍN.**)

ARLEQUÍN.- No tuvieron más remedio que pagar. Y como sus chapitas valían menos, y por otra parte se habían gastado muchas en los cachivaches idiotas que los mayores inventaron, pasó lo que tenía que pasar.

COLOMBINA.- Llegó el otoño, y sus primeras lluvias ablandó la tierra, lo cual aprovecharon los pequeños para ararla y sembrarla.

ARLEQUÍN.- He ahí el primer problema: No tenían semillas.

COLOMBINA.- Para obtenerlas tuvieron que ir a pedir las a los mayores.

(**Abren las cortinas, pero se quedan en la escena.**
PANTALÓN tiene a su lado un montón de saquitos.)

POLICHINELA.- Nosotros os daremos las semillas. Cada saco vale cien chapitas.

JOSÉ.- ¡Pero si cuando os los dimos para guardarlo, sólo nos disteis diez chapitas!

LEVÍ.- ¡Eso es una barbaridad!

RUBÉN.- ¡Un abuso!

GAD.- Yo no puedo aceptar condiciones tan indignas.

POLICHINELA.- ¡Mira que sois egoístas! Por cada saco que sembréis vais a recoger cien. ¿No es justo que de cien nos llevemos diez?

DAN.- Es demasiado. Nosotros tenemos que arar la tierra, sembrar, rastrillar para que la dura capa de la superficie deje pasar fácilmente los tallos, escardar las malas yerbas, segar, trillar, limpiar y transportar el fruto a los graneros.

POLICHINELA.- No necesito tan exhaustiva descripción porque conozco el procedimiento.

JOSÉ.- Lo que vosotros queréis es llevaros el grano limpio sin trabajar.

BENJAMÍN.- ¡Qué tíos más liantes!

LEVÍ.- No tenemos tanto dinero, hasta que se recojan las cosechas

POLICHINELA.- Eso no es ningún problema. Os podemos prestar chapitas y papelitos.

ISACAR.- Eso está mejor.

DAN.- En el fondo no son tan malos como parecen.

PANTALÓN.- Ya habéis oído las condiciones. El que quiera simiente que firme el recibo.

ZABULÓN.- Si no aceptamos, no podremos sembrar.

POLICHINELA.- ¡Claro, tonto! ¿No es mejor pagar sólo un diez por ciento que no sembrar y no coger nada?

(Los pequeños, resignados, a regañadientes, van pasando a firmar y a coger cada uno un saco. Cierran las cortinas.)

ARLEQUÍN.- Fueron pasando los días de trabajo agotador. A la dura tarea del otoño sucedió la expectante tranquilidad del invierno, por aquello de que si llovía poco o llovía demasiado.

COLOMBINA.- El invierno era frío entonces.

ARLEQUÍN.- Lo mismo que ahora, guapa. Los fenómenos atmosféricos no sufren inflación ni devaluación.

COLOMBINA.- ¡Ya lo sé, rico! Pero el frío se combate con fuego, el fuego se hace con leña, la leña se obtiene de los bosques, y los bosques, como recordarás, se los habían adjudicado los mayores.

ARLEQUÍN.- Tienes razón, lucero mío. Pero si el frío se combate con fuego, mi corazón es un témpano que necesita la lumbre de tu amor. (**Trata de abrazarla.**)

COLOMBINA.- (**Azarada, aparte.**) ¡Que nos están viendo, Arlequín!

ARLEQUÍN.- (**Se percata de ello y hace una profunda reverencia al público.**) ¡Oh! Perdón. ¿Por dónde iba?

COLOMBINA.- Por lo de la leña.

ARLEQUÍN.- (**Con ademán de atizar un golpe.**) Lo de la leña viene después.

COLOMBINA.- Sí, pero la leña de ahora es la del fuego.

ARLEQUÍN.- ¡Ah, sí! Para cogerla de los bosques tuvieron que pedir permiso a los mayores, que se lo dieron a cambio de unas chapitas, que no servían para calentarse.

COLOMBINA.- Llegó la primavera con su exuberante fecundidad. ¡Cómo disfrutaban los pequeños contemplando los hermosos campos repletos de frutos!

ARLEQUÍN.- Y a su gozo se unían las flores con su color y fragancia.

COLOMBINA.- Y los bellos pajarillos con su melosa armonía.

ARLEQUÍN.- Y el balido del cordero.

COLOMBINA.- Y el mugir de los terneros.

ARLEQUÍN.- Y el rumor de los arroyos.

COLOMBINA.- Y el ladrido del mastín.

ARLEQUÍN.- Un aleluya conjunto.

COLOMBINA.- Un bello conjunto de amor.

ARLEQUÍN.- Pero una terrible tormenta descargó su furor con granizos destructores.

COLOMBINA.- Marchitos quedaron los campos.

ARLEQUÍN.- Ajadas todas las flores.

COLOMBINA.- Mustios los ruiseñores.

ARLEQUÍN.- Los pequeñuelos, llorando.

(Abren las cortinas. En escena, los pequeños abatidos, desconcertados, agobiados, sollozando.)

POLICHINELA.- Venimos por nuestras chapitas.

PANTALÓN.- ¡A pagar!

ZABULÓN.- Todo lo hemos perdido.

ASER.- ¡No tenemos nada!

PANTALÓN.- Ese no es nuestro problema.

POLICHINELA.- Si la cosecha hubiese sido abundante no estaríais obligados a pagar más. Si este año ha venido mal, el año que viene será mejor.

PANTALÓN.- Nosotros no tenemos la culpa de la tormenta. ¡A pagar!

BENJAMÍN.- Si no tenemos con qué.

LEVÍ.- Todo lo hemos perdido.

RUBÉN.- No nos queda nada.

POLICHINELA.- Sí. Os quedan vuestras tierras.

DAN.- Pero la tierra no os las podemos dar.

ISACAR.- ¿De qué viviremos entonces?

POLICHINELA.- No os pedimos todas las tierras, sino sólo la parte que corresponde a los préstamos.

JOSÉ.- Esperad al año que viene.

LEVÍ.- El año que viene sacaremos para pagar todo.

DAN.- A vosotros no os hace falta ahora.

POLICHINELA.- Sí que me hace falta. Si nos vienen las cosas mal necesitamos recursos para protegernos.

RUBÉN.- ¿Y quién nos protegerá a nosotros?

POLICHINELA.- Nosotros. Como después de la parte de las tierras que corresponde a los préstamos aún necesitaréis más chapitas para pagar las semillas de la próxima sementera, lo cual agravará más vuestra situación, hemos pensado compraros las tierras que os quedan.

JOSÉ.- ¿Y qué haremos sin tierra que cultivar?

GAD.- ¿De qué vamos a vivir entonces?

LEVÍ.- Os daremos chapas de metal y papelitos.

JOSÉ.- ¡No venderé!

ISACAR.- ¡Si es necesario comeré piedras, pero no venderé!

JOSÉ.- ¡Aguantemos, hermanos! ¡No nos dejemos robar!

TODOS.- ¡Ladrones! ¡Estafadores! ¡Sinvergüenzas!

PANTALÓN.- (Sacando una enorme estaca y blandiéndola en el aire, amenazador.) ¡Pues peor para vosotros, porque os aplastaré la cabeza!

POLICHINELA.- Os daremos unos días de plazo para que reflexionéis. Para los que quieran vender, seremos generosos en el pago. Los que se resistan, que se atengan a las consecuencias.

(Se van los dos. Los pequeños quedan anonadados.)

GAD.- ¡No debemos claudicar!

JOSÉ.- ¡Resistamos!

BENJAMÍN.- Entonces, nos pegarán.

ZABULÓN.- ¡Nada podrán contra nosotros si estamos unidos!

(Los pequeños bajan la cabeza. DAN, RUBÉN, LEVÍ, NEFTALÍ y ASER se van lentamente, seguidos por otros pequeños de figuración. JOSÉ y GAD tratan de evitarlo, pero sin éxito.)

BENJAMÍN.- Yo tengo miedo, José. Miedo a perder las tierras y a que me peguen.

JOSÉ.- ¡Levanta la cabeza, muchacho! ¡No debemos tener miedo! ¡Eso es lo que ellos quieren!

GAD.- No te apartes de nosotros, Benjamín. Te protegeremos.

COLOMBINA.- No se logró la unidad deseada.

ARLEQUÍN.- Y los plazos, inexorablemente, se cumplieron.

COLOMBINA.- A pesar de ello, muchos pudieron pagar a duras penas los préstamos y se negaron a vender.

ARLEQUÍN.- Pero hubo otros que aceptaron.

(En escena están DAN, RUBÉN, LEVÍ, ASER, ISACAR y otros dos pequeñuelos. Entran POLICHINELA y PANTALÓN.)

LEVÍ.- ¿Qué va a ser de nosotros?

ASER.- ¿Qué va a ser de mí?

DAN.- ¡No tengo nada! No me queda nada.

ISACAR.- ¿Qué vamos a hacer ahora sin tierras?

POLICHINELA.- No os preocupéis. Vuestro futuro será brillante. Tendréis que estudiar estos libros que yo he escrito. El que mejor se los aprenda de memoria, a ése le daremos el mejor puesto. A los más torpes, a los que no sepan estudiar también les daremos un empleo.

DAN.- ¡Vengan esos libros, que me los bebo!

LEVÍ.- ¡Dame uno a mí!

ISACAR.- ¡Y a mí!

(PANTALÓN reparte libros entre todos. Se van los pequeños y quedan en escena POLICHINELA y PANTALÓN, viéndolos marchar. Entran COLOMBINA y ARLEQUÍN.)

COLOMBINA.- Mientras tanto, los mayores se daban la gran vida cazando y pescando en los montes.

ARLEQUÍN.- Pero no paraban de pensar y pensar. No creas; debe ser muy difícil eso de pensar a juzgar por lo poco que se ocupan mucha gente en ese menester.

COLOMBINA.- Veamos y escuchemos lo que pensaban.

(Se van los dos. En escena están POLICHINELA y PANTALÓN. El primero, con una caña de pescar; el otro, con una escopeta.)

PANTALÓN.- Es una locura lo que vas a hacer. No debemos enseñarles. Si ellos se despabilan no se les podrá engañar.

POLICHINELA.- No seas alcorchoque, hermanito. La enseñanza es necesaria.

PANTALÓN.- Pero si ellos aprenden, se despabilarán. ¿Y en qué quedará entonces nuestro sistema?

POLICHINELA.- No tendrán cultura.

PANTALÓN.- ¿Pero, no dices que vamos a enseñarles?

POLICHINELA.- Pues claro que sí.

PANTALÓN.- ¡A mí no me lées, que te pego un puñetazo!

POLICHINELA.- No te lío, hombre, no te lío. Les enseñaremos, sí; pero les enseñaremos mal.

PANTALÓN.- ¡Ah! Ya caigo. Les enseñaremos que dos y dos son siete.

POLICHINELA.- ¡Mira que es borrico! ¿Tú no ves que en las ciencias experimentales no se puede engañar?

PANTALÓN.- Pues entonces no entiendo.

POLICHINELA.- Si yo te digo que el agua se compone de dos partes de hidrógeno y una de oxígeno, tú, a lo mejor, no te lo crees.

PANTALÓN.- ¿Tú te has creído que yo soy tan tonto como ellos para creerme tus trucos? ¿Tú no ves que yo te conozco?

POLICHINELA.- Pues si yo te digo que esa verdad, no evidente, pero sí comprobable, es mentira, tú te lo creerás. Hasta que un día hagas experimentos y lo descubras por ti mismo. Entonces descubrirás el engaño. Pero lo más peligroso es que descubrirás al engañoso y entonces ya no te fiarás nunca de él. Es por eso que hay cosas que no se deben ocultar. ¿Comprendes?

PANTALÓN.- No.

POLICHINELA.- Pues, hijo, yo no tengo la culpa de que seas un pollino.

PANTALÓN.- ¡A mí no me insultes, que te pego un tortazo!

POLICHINELA.- Bueno, escucha. La parte que yo quiero cultivar es la razón, el criterio, el discernimiento, el ámbito de las ideas, de las creencias, de los conceptos.

PANTALÓN.- ¿Y qué vas a hacer para eso?

POLICHINELA.- Escribir libros pensados por mí acerca de la gobernación, de la historia, de la filosofía, de la ética. Ellos sólo tendrán que aprender de memoria las ideas que yo tengo, y al que mejor memoria tenga ése será el mejor preparado y le daremos el cargo adecuado.

PANTALÓN.- ¡Pero así aprenderán y sabrán muchas cosas!

POLICHINELA.- ¡Nada, que no caes del burro! ¿Tú no ves que lo que aprenderán serán mis ideas?

PANTALÓN.- ¡Toma! ¿Y te parece poco?

POLICHINELA.- Les enseñaré las ideas que a mí me interesan que aprendan. Esto es necesario para nuestra supervivencia.

PANTALÓN.- ¡No estoy de acuerdo!

POLICHINELA.- Si les enseñamos nuestras ideas pensarán como nosotros, y si piensan como nosotros, no podrán ser nuestros enemigos. ¿Entiendes?

PANTALÓN.- ¡No! ¡No entiendo nada! ¡Tú eres un liante muy grande y no me fío! ¡Pero no te olvides que tengo mis puños y mi estaca!

POLICHINELA.- ¿Cómo quieres que lo olvide? ¡Qué sería de nuestro sistema si no fuera por esa estaca! Mantenla bien dispuesta pues a partir de ahora la vamos a necesitar más.

(**Entran COLOMBINA y ARLEQUÍN.**)

COLOMBINA.- Y siguieron cazando y pescando. (**Mira a ARLEQUÍN esperando que siga él.**) Continúa, Arlequín.

ARLEQUÍN.- ¿Yo? ¿Qué es lo que viene ahora?

COLOMBINA.- La nueva estructura social.

ARLEQUÍN.- ¡Ah! Pues venga, vámonos.

(**Se van los dos. En escena, POLICHINELA, en una mesa con papeles y un libraco enorme, y al lado, PANTALÓN con una caja de cartón grande. Agrupados frente a ellos y expectantes, DAN, LEVÍ, RUBÉN, NEFTALÍ, ASER y varios pequeñuelos más.**)

POLICHINELA.- Después de haber examinado atentamente vuestra capacidad y conocimientos, vamos a proceder a la adjudicación de los cargos para los que cada uno ha sido elegido.

PANTALÓN.- (A LEVÍ.) Tú. Acércate.

(**LEVÍ se acerca tembloroso.**)

POLICHINELA.- A ti hemos tenido a bien encargarte de la administración económica.

(**PANTALÓN saca de la caja un traje y se lo da a LEVÍ. Se lo pone y queda convertido en PIERROT.**)

PIERROT.- ¡Gracias, muchas gracias! ¡Velaré por el bien de la economía!

PANTALÓN.- (A DAN.) Tú. Ven aquí.

POLICHINELA.- Por tus grandes dotes de retórica has merecido el cargo de la administración de justicia. Ponte tu traje.

(DAN se lo pone y queda convertido en el DOCTOR.)

DOCTOR.- (Muy ceremonioso.) ¡Gracias! ¡Muchas gracias! Yo juro por mi honor que seré fiel a la alta misión que me habéis encomendado. Yo soy honrado, justo y leal y sabré en cada momento impartir justicia con rectitud y equidad, según me dicte mi limpia conciencia y mi recto corazón.

(PANTALÓN coge al DOCTOR por las solapas y lo zarandea.)

PANTALÓN.- Menos poesía; menos conciencia y corazón. El que dicta es este libro. (Da un terrible puñetazo al libraco que hay en la mesa.) Esta es tu conciencia: ¡La ley!

DOCTOR.- (Apabullado.) Sí, sí, sí.

(El resto de los pequeños se agrupan asustados y temerosos. PANTALÓN saca una cachiporra del cajón, se golpea la mano con ella y con aire siniestro y brutal mira a los acobardados pequeños, que al verle con la cachiporra en la mano huyen despavoridos, excepto RUBÉN.)

PANTALÓN.- En cuanto a vosotros... ¿Dónde vais? ¡Venid aquí! (Con mucho miedo, los pequeños vuelven a su sitio.) Vosotros habéis sido elegidos para administrar la cachiporra.

POLICHINELA.- ¡Calla! Administrar la cachiporra. ¡Qué expresión tan vulgar!

PANTALÓN.- ¿Es que no han sido elegidos para pegar cachiporrazos?

POLICHINELA.- Sí. Pero hay que emplear un nombre más circunspecto. (A los pequeños, repartiéndoles las cachiporras y los uniformes.) Vosotros, hijitos, seréis los defensores del orden.

NEFTALÍ.- ¿De qué orden?

PANTALÓN.- ¿De qué orden va a ser, animal? ¡Pues del que nosotros hemos establecido! ¡Éste parece tonto! ¡A ver, tú! (A RUBÉN.)

POLICHINELA.- A ti vamos a darte el mando de todos esos para defender el orden y la paz.

(Se pone el traje y queda convertido en el CAPITÁN.)

CAPITÁN.- Yo juro por mi honor que mi sangre y mi vida estará siempre al servicio del orden.

POLICHINELA.- Tu misión es vigilar para que nadie altere el orden, ni conspire contra él.

CAPITÁN.- Enterado.

PANTALÓN.- ¡No, no te has enterado! ¡Yo te lo explicaré! Es posible que surja por ahí algún rebelde, agitador, o insurrecto capaz de decir que nuestro orden no es perfecto. Pues bien. ¡A ese facineroso, a ese bandido, a ese criminal! ¡Zas!

(Simula dar un golpe terrible con la cachiporra.)

POLICHINELA.- ¡Qué bruto! Tu misión, en efecto, es velar por el orden. Mas tu misión es más bien preventiva y de constante vigilancia. Si, a pesar de tus desvelos, alguien infringiera la ley, lo pondrás en manos del señor Doctor, aquí presente, quien con arreglo a la ley le pondrá el castigo pertinente.

CAPITÁN.- Más acertada me parece esa manera de actuar.

(Entran COLOMBINA y ARLEQUÍN.)

COLOMBINA.- Los pequeños sometidos, que habían sido convertidos en una nueva clase, defendían la propiedad de los mayores con un celo que no habían tenido con la suya propia.

ARLEQUÍN.- Y como los mayores ya tenían quien velara por su orden y sus intereses, se dedicaron más a cazar y a pescar.

COLOMBINA.- No seas malo, Arlequín. También trabajaban.

ARLEQUÍN.- Sí, claro. Trabajaban con la cabeza. ¡Con lo difícil que debe ser ese trabajo!

COLOMBINA.- Si fuera fácil, todo el mundo pensaría con su propia cabeza. ¿O crees tú que Pierrot, el Doctor, el Capitán y los Cachiporreantes, por sí solos, hubiesen sido capaces de continuar la tarea iniciada por los mayores?

ARLEQUÍN.- Yo creo que no.

COLOMBINA.- Pues eso te demuestra que no podían dejar de pensar y pensar.

ARLEQUÍN.- ¡Jamás pude imaginar que el talento, la belleza y la hermosura pudieran convergir en un delicioso ser!

COLOMBINA.- ¿Qué dices? Tenían talento, sí; pero belleza y hermosura...

ARLEQUÍN. Eso lo digo por ti, que me rindes con tu talento, me embelesas con tu belleza y me fascinas con tu hermosura. **(Va hacia ella apasionado y trata de abrazarla.)**

COLOMBINA.- ¡No sea ganso, Arlequín! ¡Un poco de seriedad, que estamos trabajando!

ARLEQUÍN.- Pues descansemos un poco, mi amor.

(ARLEQUÍN la abraza, mira al público y le guiña un ojo. Mutis.)

SEGUNDA PARTE

En escena, el DOCTOR en una mesa repleta de libracos, legajos y papeles. Está escribiendo. Por el foro entran una pareja de CACHIPORREANTES en actitud vigilante. Miran por todos lados de forma muy ostensible. Después bajarán al patio de butacas y vigilarán a todos, pero sin que su acción distraiga la atención de lo que ocurre en la escena. Entra PIERROT y se dirige rápidamente al DOCTOR. El CAPITÁN entra y se queda en un lado a la espera de lo que se necesita de él. Observa a los CACHIPORREANTES.

PIERROT.- Señor Doctor: Después de examinar las cuentas de resultados, el debe y el haber, he descubierto un gran déficit en las arcas. He hecho los presupuestos para la temporada que viene y necesitamos pasta en cantidad.

DOCTOR.- Habrá que tomar medidas.

PIERROT.- Ya he redactado un decreto para que se haga ley.

DOCTOR.- ¡Aquí hay un gazapo que por equivocación se ha deslizado!

PIERROT.- ¿Un gazapo? ¿Un error?

DOCTOR.- Sí. Helo aquí: «Tributo voluntario de forma obligatoria»

PIERROT.- ¡Alto! Yo hago la ley; tú, la aplicas. Pero sin un solo pero.

DOCTOR.- Está bien. La promulgaré y la anunciaré.

(Se va PIERROT. El DOCTOR llama al CAPITÁN, que está alerta.)

DOCTOR.- Inmediatamente. ¡Ahora mismo! Llama a toda esa chusma.

CAPITÁN.- Están ahí, asombrados de nuestros uniformes.

DOCTOR.- Pues que vengan todos.

(El CAPITÁN toca un silbato indicando que entren todos.
Entran JOSÉ, GAD, ZABULÓN, NEFTALÍ, BENJAMÍN y
todos los pequeñuelos juntos rodeados por los
CACHIPORREANTES.)

ZABULÓN.- ¡Ahí va! ¡Otros que se han vestido de máscaras!

BENJAMÍN.- ¡Qué divertido! ¿A qué jugáis?

CAPITÁN.- ¡Lo de estos ilustres señores no son disfraces,
inculto e ignorante, sino la dignidad de su alta jerarquía!

BENJAMÍN.- Ya, ya. ¿Y nosotros de qué nos vestimos?

CAPITÁN.- ¡Vosotros sois el populacho, la chusma, la plebe,
el vulgo, la masa, la horda!

BENJAMÍN.- ¡Qué bien! ¿Y de qué nos vestimos?

PIERROT.- Vuestros trajes los tenéis puestos ya. Sois los
pelagatos, los parias, la canalla.

DOCTOR.- ¡Escuchadme todos! Vuestra ignorancia supina os
ha impedido comprender que lo que estáis contemplando no es
un frívolo baile de máscaras, sino un nuevo orden social tan
perfecto, que será el espejo, el norte, la guía y la rendida
admiración de los siglos venideros.

PIERROT.- (Aparte.) Menos poesía y al grano.

DOCTOR.- Pero este nuevo orden, establecido gracias a los
privilegiados cerebros y a la abnegación y dedicación de unos
grandes patriotas que lo hacen todo por la patria, ese nuevo
orden, repito, del que todos nos vamos a beneficiar, proteger y
amparar porque es el progreso...

PIERROT.- (Aparte.) ¡Que menos rollo he dicho!

DOCTOR.- ...más grande jamás conocido, ese nuevo orden,
repito...

PIERROT.- (Aparte.) ¡Con tanto repito esto va a ser un
pitorreo!

DOCTOR.- ¡No me interrumpas! ¿Qué dices?

PIERROT.- ¡Que termines de una vez!

DOCTOR.- ¿Y cómo voy a terminar si no cesas de interrumpirme?

PIERROT.- ¡Está bien! ¡Escuchadme a mí! ¡A partir de ahora todos tendréis la obligación de aportar vuestro tributo voluntario!

ISACAR.- (Aparte a JOSÉ y GAD.) ¡Uf! Qué mal me huele esto.

DOCTOR.- ¡Quieto, quieto que ya recuerdo! En reconocimiento a este abnegado esfuerzo, a este nuevo orden que nos protege y que ha de velar por vuestra propiedad y por vuestra tranquilidad, ¿no es de pura lógica el que todos contribuyamos con nuestro apoyo a su mantenimiento y conservación? Porque yo os aseguro, con todo el poder que me confiere la ley, que ya no será necesario el que nadie, individualmente se preocupe del posible escalo de furtivos ladronzuelos, pues de esa misión se encargará el aguerrido Capitán y la cohorte de su tropa, que impondrá a los desaprensivos cacos el castigo que se merecen.

JOSÉ.- Para guardar mi escasa propiedad no necesito toda esta payasada. No estoy dispuesto a contribuir con nada.

CAPITÁN.- ¡Detened a ese! Lo que ha dicho puede ser delito de sedición.

(Los CACHIPORREANTES sujetan a JOSÉ y lo ponen frente al DOCTOR.)

DOCTOR.- He aquí que la providencia nos depara un ejemplo en el momento más oportuno que pudiéramos desear. Como habéis visto se trata de un intento de subversión que, si no se corrige a tiempo, podría acarrear trágicas consecuencias. Pues bien, vosotros, tranquilos, no os angustiéis por nada, porque para eso estamos nosotros. (Al CAPITÁN.) Llevaos al insurrecto y dadle como castigo treinta latigazos y un cachete.

(El CAPITÁN y dos CACHIPORREANTES se llevan a JOSÉ. Los demás están atónitos y se agrupan con temor ante las cachiporras amenazantes de los

CACHIPORREANTES. Dentro se oyen golpes y ayes de dolor.)

PIERROT.- ¿Hay alguien que quiera criticar las excelencias del nuevo sistema? (**Silencio.**) En este caso, dispersaros.

(**Se van todos. Entran POLICHINELA y PANTALÓN.**)

POLICHINELA.- Contempla mi obra y dime si no es perfecta.

PANTALÓN.- Me parece estupenda, pero...

POLICHINELA.- ¿Cómo que pero? ¿Es que se le puede ver algún defecto?

PANTALÓN.- Sí. ¡Y muy grande!

POLICHINELA.- ¡Imposible! Todo está previsto contra los fallos.

PANTALÓN.- A toda esa gente que nos defiende hay que pagarles.

POLICHINELA.- Claro. ¿Cómo si no iban a defendemos?

PANTALÓN.- Pero son muchas las chapitas que hay que gastar.

POLICHINELA.- Ya lo sé. Por eso he creado el sistema tributario.

PANTALÓN.- No basta con eso. Nuestras arcas han bajado mucho. A este paso nos quedaremos sin nada. ¿Y qué haremos después? Si no les pagamos, no nos defenderá.

POLICHINELA.- ¿Y eso es lo que tanto te intranquiliza?

PANTALÓN.- ¿Te parece pequeño el problema?

POLICHINELA.- Emplea tu cerebro y reflexiona.

PANTALÓN.- Ya lo hago. Por eso me preocupa.

POLICHINELA.- Pues reflexionas muy mal. Pero no importa, pues para eso estoy yo. Veamos. ¿Quién inventó las chapitas?

PANTALÓN.- Nosotros.

POLICHINELA.- ¿Y quién las fabricó?

PANTALÓN.- Nosotros.

POLICHINELA.- Pues con esos datos tienes suficiente para hallar la respuesta. Piensa, piensa.

PANTALÓN.- ¡A mí déjame de acertijos y rompecabezas!

POLICHINELA.- Está bien. Si nosotros hicimos las chapitas, ¿qué nos impide hacer más?

PANTALÓN.- ¿Hacer más chapitas?

POLICHINELA.- Exacto. Podemos hacer cuantas nos plazca.

PANTALÓN.- ¡Qué talento! ¿Y las podemos hacer sin que pase nada?

POLICHINELA.- Sin que pase nada, no. Algo tiene que pasar.

PANTALÓN.- ¿Y qué es lo que puede pasar? ¡Porque yo te temo!

POLICHINELA.- Te pondré un ejemplo para que lo comprendas mejor. En un corral tienes cien gallinas y cien kilos de pienso. Un kilo para cada una. Si metemos ahora otras cien gallinas, pero no otros cien kilos de pienso, ¿qué pasará?

PANTALÓN.- Pues que se armará un barullo.

POLICHINELA.- Lo que ocurrirá es que la ración de pienso de las cien primeras se reduce a la mitad.

PANTALÓN.- Claro, claro.

POLICHINELA.- ¿Lo entiendes ya?

PANTALÓN.- No.

POLICHINELA.- ¡Si es elemental! Se reducen a la mitad a favor de las otras cien que no tienen pienso.

PANTALÓN.- Está clarísimo, pero no entiendo qué tiene que ver una gallina con una chapita. ¡Ah, sí! Ya caigo. En que pone un huevo. Eso se lo dijiste a ellos.

POLICHINELA.- ¡Qué huevos ni qué huevas! Las cien gallinas que entran después sin tener pienso son las chapitas que nosotros vamos a fabricar.

PANTALÓN.- ¡Ah! Yo no había caído en eso. Pero eso lo puede hacer cualquiera.

POLICHINELA.- No. No puede hacerlo cualquiera, pero si lo hiciere, la ley caerá como una losa sobre sus cabezas.

PANTALÓN.- ¿Y sobre la nuestra, no?

POLICHINELA.- ¿Cómo va a caer la ley sobre nosotros si somos quienes la hemos hecho?

PANTALÓN.- ¡Uy, qué lío! Me empieza a doler la cabeza.

POLICHINELA.- Como ejercitas tan poco la mente, cuando piensas te salen agujetas en el cerebro. No importa. Lo que necesito es la fuerza de tus puños.

(**Entran COLOMBINA y ARLEQUÍN.**)

COLOMBINA.- Cuando los pequeños hicieron la recolección de los productos fueron a vender a los mayores, pues ellos no tenían graneros donde almacenar, como ya es sabido.

ARLEQUÍN.- Como ellos no se habían enterado de que se habían hecho más chapitas se conformaron con lo que les dieron por la cosecha anterior.

COLOMBINA.- Los mayores, claro está, ganaron el doble, mientras los pequeñuelos perdieron la mitad, sin enterarse aún.

ARLEQUÍN.- Pero cuando se enteraron de lo que valía un peine, digo un pan, fue a la hora de la compra.

COLOMBINA.- Tuvieron que pagar el doble que la vez anterior.

ARLEQUÍN.- Con todo esto ocurrió que se fueron quedando sin chapitas.

COLOMBINA.- Pero la generosidad de los mayores iba a remediarles el problema concediéndoles créditos.

ARLEQUÍN.- Aquello fue el principio del fin. Porque los préstamos, en vez de utilizarlos en la producción, lo gastaban en comer, en consumir.

COLOMBINA.- La deuda se recargaba más y más con los altos intereses.

ARLEQUÍN.- Y el fatal día llegó.

(En escena PIERROT, DOCTOR, CAPITÁN,
CACHIPORREANTES frente a JOSÉ, GAD, ZABULÓN
ISACAR, BENJAMÍN y los demás pequeños.)

DOCTOR.- Habiendo transcurrido el plazo voluntario y su prórroga para el pago de vuestra deuda, iniciamos las diligencias ejecutivas.

PIERROT.- Veamos: ciento cincuenta por ciento de sanción, veinte por ciento de apremio, intereses de demora. Total, ¡un pastón!

JOSÉ.- No tenemos chapitas.

GAD.- No tenemos nada.

ISACAR.- Estoy en la ruina.

BENJAMÍN.- Yo no puedo pagar.

PIERROT.- Quedan embargados vuestros bienes.

DOCTOR.- Capitán, expulsad a esta gente de estas tierras.

CAPITÁN.- ¡Todo el mundo fuera de aquí! (A los CACHIPORREANTES.) ¡A la carga!

(El DOCTOR y PIERROT salen. Los CACHIPORREANTES y el CAPITÁN cargan contra ellos, que se defienden como pueden. Gran barullo de lucha. Al final caen todos abatidos. Los CACHIPORREANTES se van. Pausa. Gemidos. Entra PIERROT.)

PIERROT.- Bien, amigos. No tenéis más que vuestros brazos, que no es mala fortuna. Yo os doy trabajo. Quien quiera ganarse la vida como un honrado trabajador, que levante la mano.

(Pausa. Los pequeños se miran angustiados, impotentes, aplanados, desconcertados. Se reflejan en todos un gran dolor y desesperación. Entran COLOMBINA y ARLEQUÍN.)

COLOMBINA.- Así empezaron a trabajar como asalariados.

ARLEQUÍN.- Y aquí se acaba la historia.

COLOMBINA.- ¡Qué dices! ¡Ahora es cuando empieza otra historia!

ARLEQUÍN.- Pues entonces, vamos a hacer otro descanso.

COLOMBINA.- ¡Se acabaron los descansos! ¡A trabajar!

ARLEQUÍN.- Si es que tengo un hambre que me muerdo.

COLOMBINA.- Mejor. Estómago vacío, mente despierta.

ARLEQUÍN.- ¡Tirana! ¡Castigadora!

COLOMBINA.- ¡Hala, hala, a trabajar! Cuenta lo que pasó después.

ARLEQUÍN.- Pues a los pequeñuelos les pasaba lo que a mí: que los mataban a trabajar, pero el salario era insuficiente para cubrir sus necesidades.

COLOMBINA.- Eso les condujo a una lucha feroz por mejorar sus condiciones.

(En escena se desarrolla una gran escaramuza entre los pequeños y los CACHIPORREANTES. PIERROT, DOCTOR y CAPITÁN observan la contienda. En el patio de butacas observan también POLICHINELA y PANTALÓN.)

ARLEQUÍN.- Pero a pesar de las tortas y los cachiporrazos, los pequeñuelos seguían erre que erre.

COLOMBINA.- Y los mayores, que si quieres arroz, Catalina.

PANTALÓN.- ¡Esto es un desorden y un descoco! ¡Ahora verán esos la artillería de mi estaca!

POLICHINELA.- ¡Quieto! ¿Qué vas a hacer? Esto hay que arreglarlo de otra manera.

PANTALÓN.- ¡Nada de otra manera! ¡A estacazo limpio! ¿Qué hacen esos mirando? (**Por PIERROT y el DOCTOR.**)

POLICHINELA.- Déjalos estar.

PANTALÓN.- ¡Su misión es pegar palos, reprimir, aplastar la subversión!

POLICHINELA.- Ojalá nunca descubran cuál es su misión.

PANTALÓN.- ¿Qué quieres decir?

POLICHINELA.- Ahora son una fuerza ciega que pegan el palo donde nosotros decimos que está el bulto. Si algún día se quitan la venda será muy grave para nosotros. Hay que actuar con cautela.

PANTALÓN.- ¿Y que se salgan con la suya?

POLICHINELA.- ¿Me crees tan lerdo? Yo sabré la forma de arreglarlo.

PANTALÓN.- ¿Entonces, qué pinto yo aquí?

POLICHINELA.- Gracias a ti estamos como estamos. Reserva tus energías para mejores momentos.

(**POLICHINELA sube a la escena y habla aparte con PIERROT y el DOCTOR. Después se dirige a los contendientes.**)

¡Alto! ¡Alto! ¡Quietos todos!

(**Cesa la lucha. A JOSÉ.**)

¿Por qué lucháis?

JOSÉ.- ¡Por nuestros derechos!

POLICHINELA.- Loable empeño. ¿A qué derecho os referís?

GAD.- ¡Reducción de jornada de trabajo!

ISACAR.- ¡Jornada de ocho horas!

POLICHINELA.- No hay inconveniente, si con ello cesan las hostilidades. La violencia me repugna. Señor Doctor: Que se imponga por ley la jornada de ocho horas.

DOCTOR.- Así se hará.

BENJAMÍN.- ¡Qué bueno es! ¡Los malos son éstos!

(Se van todos, excepto los pequeños, que al verse solos, se miran sonrientes y alegres. Se abrazan.)

JOSÉ.- ¡Hemos triunfado!

GAD.- ¡Viva nuestra unidad!

ISACAR.- ¡Un abrazo, Zabulón!

ZABULÓN.- ¡La lucha ha sido dura, pero lo hemos logrado!

BENJAMÍN.- ¡Qué alegría! ¡Qué contentos estamos!

(Entran COLOMBINA y ARLEQUÍN.)

ARLEQUÍN.- Durante un tiempo los pequeñuelos trabajaron con alegría saboreando el triunfo.

COLOMBINA.- Pero no tardó en desaparecer la alegría momentánea.

ARLEQUÍN.- Y es que lo bueno dura poco.

COLOMBINA.- ¿Qué pasó?

ARLEQUÍN.- Ahora mismo lo vamos a ver. Ven conmigo.

COLOMBINA.- ¿Pero no se va a ver aquí?

ARLEQUÍN.- Sí. Pero mientras tanto, tú y yo nos vamos al huerto.

COLOMBINA.- ¿A mí me vas a llevar al huerto?

ARLEQUÍN.- Que no es eso, tontita. Ven, lucero mío, ven que te arrulle en mis brazos bajo la noche estrellada. Ven, cordera mía, ven.

(ARLEQUÍN se lleva a COLOMBINA cogida por la cintura. En el mutis hace un guiño al público. Hay un silencio. Las cortinas están cerradas. Se oye el golpe de una bofetada. Entra ARLEQUÍN dando un traspié y frotándose la mejilla. Entra COLOMBINA y le indica con el gesto que se lleve la cortina a su lado. Abren y vemos en escena a POLICHINELA pagando a los pequeños y en otro sitio a PIERROT con un puesto de productos. A medida que van cobrando se ponen muy contentos. Se acercan a PIERROT.)

JOSÉ.- Dame un pan.

PIERROT.- Son diez chapitas.

JOSÉ.- ¿Cómo que diez? Son cinco nada más.

PIERROT.- Eso era antes. Ahora son diez.

JOSÉ.- ¡No puede ser!

PIERROT.- Si no pagas diez, no hay pan.

JOSÉ.- ¡Esto es un robo!

PIERROT.- Si no cuidas tu lengua llamaré a los vigilantes.

(Los demás, que han visto lo que pasa, se indignan.)

GAD.- ¡Ladrones!

ISACAR.- ¡Sinvergüenzas!

ZABULÓN.- ¡Explotadores!

BENJAMÍN.- ¡Qué tíos más liantes!

TODOS.- ¡Ladrones, canallas, estafadores, sinvergüenzas, bellacos, bribones!...

(Entran los CACHIPORREANTES y el CAPITÁN. Se arma de nuevo una zapatiesta. Entra POLICHINELA, PIERROT y DOCTOR. La misma escena de antes: El primero pone paz, PIERROT asiente y el DOCTOR escribe. Después POLICHINELA paga y PIERROT vende. Nuevo desencanto y nueva lucha. Todo muy rápido y todo en mimo, pero con mucha rapidez. Entran COLOMBINA y ARLEQUÍN mostrando el panorama en silencio, solo con el gesto. PANTALÓN surge en el patio de butacas. POLICHINELA va hacia él.)

PANTALÓN.- ¿A ti no te parece que estos es ya un cachondeo?

POLICHINELA.- Sí. Déjame pensar.

PANTALÓN.- ¡Nada de pensar! **(Esgrimiendo su enorme estaca.)** Ahora me toca mí.

(Muy decidido intenta subir al escenario, pero POLICHINELA se lo impide.)

POLICHINELA.- ¡No seas cafre! Aún no ha llegado tu hora.

PANTALÓN.- ¡Si es que no paran de pedir aumento de sueldo!

POLICHINELA.- Mientras su lucha sea sólo para pedir aumento de sueldos estamos seguros.

PANTALÓN.- ¡A los cabecillas que los manejan, los deslomo! ¡Voy allá!

POLICHINELA.- ¡Quieto! ¡Ya lo tengo! Mejor que eso que intentas hacer con los demagogos es que sus mismos compañeros los desprecien.

PANTALÓN.- ¡Pues no es difícil eso! Todos los quieren.

POLICHINELA.- ¿Qué es lo que piden? ¿Aumento de sueldos? Les daremos el doble.

PANTALÓN.- ¡Tú estás loco!

POLICHINELA.- Calla y escucha. Le daremos el doble a los dirigentes. A los otros, no.

PANTALÓN.- ¿Y si no aceptan?

POLICHINELA.- Algunos sí aceptarán. Pero si ninguno acepta, entonces emplearemos la fuerza. Pero no a garrotazos. Aún no es tiempo para eso. Ten calma.

(**Entran COLOMBINA y ARLEQUÍN.**)

COLOMBINA.- Y de esta forma tan pérfida lograron enfrentar, dividir y debilitar a los pequeñuelos.

ARLEQUÍN.- Pero hubo bravos luchadores que no se dejaron engatusar por el señuelo.

COLOMBINA.- ¿Y qué les pasó a esos?

ARLEQUÍN.- Pues que le fueron haciendo la vida imposible y los despidieron del trabajo.

COLOMBINA.- La situación para éstos era ya insostenible.

ARLEQUÍN.- Esto provocó en todos la necesidad de reunirse para analizar la situación y buscar una salida.

COLOMBINA.- Pero esto era muy difícil, pues los grandullones prohibieron las reuniones.

ARLEQUÍN.- Los Cachiporreantes estaban atentos y en cuanto veían a unos cuantos reunidos los dispersaban con sus cachiporras.

COLOMBINA.- Por eso se tuvieron que reunir en cuevas de la montaña.

ARLEQUÍN.- A la reunión se sumaron los despedidos y reprimidos.

(**En escena, todos los pequeños. Pero hay una transformación en algunos. JOSÉ y BENJAMÍN siguen igual; ISACAR tiene mejor aspecto, su vestido es mejor, más nuevo y más limpio. GAD y ZABULÓN, por el**

contrario presentan un aspecto lamentable. Sus ropas son más pobres, sus caras están demacradas y tienen gesto de odio y desesperación.)

GAD.- Compañeros, tenemos hambre.

ZABULÓN.- ¡Ayudadnos, compañeros!

GAD.- Nos han metido en una jaula y nos han torturado.

ZABULÓN.- Nos han despedido del trabajo. Tenemos hambre.

ISACAR.- Sí, ya lo sabemos.

BENJAMÍN.- Nosotros os ayudaremos para que poco a poco...

GAD.- ¡Poco a poco, no! ¡Queremos dejar de pasar hambre ahora mismo y no poco a poco!

ZABULÓN.- ¡Queremos vuestra solidaridad para volver a trabajar!

JOSÉ.- La tendréis. Mientras tanto os daremos algo para...

GAD.- ¡Para ayudarnos a mantener nuestra situación de mendigos! ¿No es eso?

ZABULÓN.- Nadie se ha movido en nuestra defensa. ¡Cobardes!

GAD.- (A ISACAR.) ¡Tú te has vendido, traidor!

ZABULÓN.- ¡Hay que luchar!

ISACAR.- Sois unos extremistas y no se puede dialogar con vosotros.

JOSÉ.- Calmaros. Estamos aquí para analizar nuestra situación, para dialogar, para encontrar otra forma de lucha, porque esta ya no vale.

ISACAR.- Toda nuestra lucha ha sido estéril. No ha valido para nada.

GAD.- Sin embargo, gracias a nuestra lucha vives mejor.

ISACAR.- Sí, es cierto que vivo algo mejor que vosotros. Pero no me he vendido. Si me hubiera vendido no estaría aquí con vosotros. José tiene razón. Nuestra lucha sólo ha servido para desgastar nuestras mejores energías, mareados aturdidos, desconcertados en un círculo vicioso.

JOSÉ.- Necesitamos clarificar y definir bien nuestros objetivos, usar una nueva estrategia, emplear otras tácticas. Siempre hemos luchado por lo mismo y en su propio campo. Es necesario sacarles de su fortaleza y traerlos a nuestro campo de batalla, el nuestro. Crear nuestro terreno, con un vigoroso ideal de justicia y libertad.

ZABULÓN.- ¿Qué ideal es ese?

GAD.- Yo te diré el ideal que necesitamos. ¡Necesitamos armas, hoces, guadañas, cuchillos para cortar el cuello a esos miserables! ¡A esos asesinos que han matado lo mejor de nuestras vidas!

(Se oye, algo lejos, un silbato y todos se estremecen al oírlo. El silbato suena más cerca.)

BENJAMÍN.- ¡Silencio! Vienen los Cachiporreantes. (Con mucho miedo.) Callad. Nos pueden oír.

ZABULÓN.- ¡Eso es lo que queremos! ¡Que nos oigan!

GAD.- ¡Que nuestros gritos les hagan estremecerse de pavor!

ZABULÓN.- ¡Asesinos! ¡Canallas!

GAD.- ¡Mueran! ¡Vamos a por ellos!

(El silbato se oye ya en escena. Todos los pequeños han salido huyendo por el sitio opuesto de donde se oye el silbato. Quedan en escena GAD, ZABULÓN y algún que otro pequeño. Entra el CAPITÁN, los CACHIPORREANTES y PIERROT. Este levanta la mano ordenando al CAPITÁN que se permanezca quieto, donde está. Lentamente se acerca a GAD y ZABULÓN. Contempla su calamitoso estado. Ellos, ni siquiera le miran.)

PIERROT.- ¿Qué os pasa, muchachos? Es penosa vuestra situación. Pero vosotros os lo habéis buscado. Sé que tratáis de levantar a los demás contra nosotros. Quiero que haya paz. Os doy trabajo con una sola condición: No más huelgas. No más subversión. Ya sabéis el precio que se paga por ello. Nada podéis contra nuestro sistema. Es una muralla inexpugnable. ¿Qué decís?

(Silencio. ZABULÓN y GAD se miran acongojados. Lentamente miran a PIERROT, bajan la cabeza y así afirman, al mismo tiempo que se muerden los puños de exasperación. Entran COLOMBINA y ARLEQUÍN.)

COLOMBINA.- Todo estaba perdido

ARLEQUÍN.- Todo, no. Es cierto que estaban hartos de reuniones fogosas y calenturientas, pero en el ánimo de todos persistía el deseo de una solución.

COLOMBINA.- Una noche se reunieron una vez más en una cueva de las montañas. Todo daba la impresión de que iba a acabar igual que siempre, pero...

(Se van los dos, abriendo las cortinas. Un decorado simula una cueva. La pared del foro está toda cuarteada de forma irregular, como si fuera una gran roca, por lo que no es vertical, sino inclinada hacia atrás. GAD y ZABULÓN tienen mejor aspecto. Los demás siguen igual. Dos o tres antorchas iluminan la escena.)

GAD.- ¡Compañeros! ¡Basta de opresión!

ZABULÓN.- ¡Abajo la tiranía!

ISACAR.- Es imposible. No podemos hacer más que lo que hacemos.

GAD.- Sí que podemos.

ZABULÓN.- Para ellos somos animales que sólo servimos para producir.

ISACAR.- Pero muchos se conforman porque, al menos, comen.

BENJAMÍN.- Ya nadie quiere volver a luchar.

GAD.- No quieren volver a la lucha de siempre porque siempre hemos salido perdiendo. Pero ahora no será así. Nos armaremos nosotros también. Somos más y los aniquilaremos.

JOSÉ.- (Saliendo de atrás.) Yo no estoy de acuerdo

GAD.- No estás de acuerdo porque tienes miedo.

JOSÉ.- Sí, tengo miedo, porque de esa forma iremos a una lucha sin cuartel, a una cruel carnicería.

GAD.- ¡Mira qué rico! ¿Y no es una guerra cruel y una cruel carnicería lo que ellos hacen con nosotros?

JOSÉ.- Sí. Pero la solución no es lo que tú propones.

GAD.- ¿Y qué otra solución propones tú?

JOSÉ.- Hacer la voluntad de nuestro Padre.

(Risas, burlas, silbidos, abucheo, gestos de protesta.)

GAD.- «Nuestro Padre», como tú dices, no existe. Es sólo un producto de tu imaginación.

ZABULÓN.- ¿Y si existe, por qué no viene, por qué consiente lo que está pasando?

GAD.- Tú eres un cobarde y por eso necesitas refugiarte contra los palos que se aproximan.

JOSÉ.- Os equivocáis. No es el miedo lo que me hace pensar en nuestro Padre, sino la confianza de que solucionaremos nuestros problemas.

BENJAMÍN.- Él está muerto.

JOSÉ.- ¡No es cierto! ¡Vive!

ZABULÓN.- Entonces, mucho peor, por abandonarnos.

JOSÉ.- No nos abandonó. Le quitaron de en medio y otros ocuparon su lugar. Él es bueno y nos quiere.

BENJAMÍN.- No nos querrá mucho cuando no viene a liberarnos.

JOSÉ.- Somos nosotros los que debemos rescatarle del exilio y ponerlo de nuevo en el centro de nuestra vida.

ISACAR.- ¿Y cómo vamos a rescatarle? ¿Sabes tú, acaso, dónde está?

JOSÉ.- Sí. Lo sé. Sólo necesitamos enviarle el mensaje de nuestros deseos, y él volverá.

GAD.- ¡Déjate de pamplinas y de bobadas! Si perdemos el tiempo en eso agravaremos nuestro mal. Lo que necesitamos es quitar de en medio a esos granujas.

JOSÉ.- Bien. Vale. Les quitamos de en medio. ¿Y después, qué?

GAD.- Ya lo pensaremos. Muerto el perro, muerta la rabia.

JOSÉ.- ¿Y quién va a sustituirlos después?

GAD.- ¿Qué importa eso ahora? Lo urgente es cortar la cabeza a esos canallas.

JOSÉ.- ¿Y quién va a ser después nuestro jefe?

GAD.- Yo mismo.

JOSÉ.- Entonces, no contéis conmigo. Si tú les sustituyes serás igual que ellos.

GAD.- ¡Ellos son unos criminales!

JOSÉ.- Tú, también. No sólo es criminal el que mata; también lo es quien desea matar.

GAD.- ¡Ellos nos han ceñido el yugo de la esclavitud!

JOSÉ.- Luego necesitamos implantar la justicia y la libertad.

GAD.- ¿Y quién te ha dicho que yo no quiera implantar la justicia?

JOSÉ.- Tu misma actitud. Quieres quitar la injusticia para implantar tu justicia, que empieza por el deseo de matar. La única justicia es la de nuestro Padre.

GAD.- ¡Yo no creo en muertos, ni en vivos que no dan señales de vida! Yo sólo confío en mí y lo que yo no haga se quedará sin hacer.

JOSÉ.- Pues yo no iré contigo.

GAD.- ¡Ni falta que hace! ¡Lo que necesito son hombres y no gallinas!

JOSÉ.- Haces mal en ir por ese camino.

GAD.- Eso, lo veremos. **(Se dirige a todos.)** El que quiera venir conmigo, que me siga.

(Se aparta. Dos o tres se ponen a su lado. El resto no toma ninguna decisión. Están todos expectantes.)

¿Pero, es que os habéis vuelto todos cobardes?

BENJAMÍN.- Si José no va, yo tampoco iré.

ISACAR.- Yo, tampoco.

ZABULÓN.- Yo estoy contigo, pero antes de irme me gustaría que José nos explicara su plan.

GAD.- ¿No le has oído ya? Quiere traer a «su Padre». ¡Eso es una tontería!

JOSÉ.- Es posible que sea una tontería. Pero él no es tonto ni cobarde, siempre ha luchado como el que más. Sus razones tendrá para creer lo que dice. Vamos a escucharle.

GAD.- Su Padre, ¡bah!

JOSÉ.- Ha pasado mucho tiempo y ya se os ha borrado de la memoria. Pero yo no he dejado de pensar en él desde que desapareció. Aún tengo grabado en mi memoria aquellos tiempos en que vivía con nosotros. Los débiles, los enfermos, tú mismo, Benjamín, eran sus preferidos. El trabajo no era una carga, sino un recreo y todos nos beneficiábamos por igual. Recuerdo la cantidad de tiempo que dedicaba cada uno a sus aficiones. Y las bellas canciones que juntos cantábamos con alegría y amor. Todos teníamos un profundo sentido existencial. Éramos seres humanos puros, libres de miedos, de odios, de celos de incultura. Sólo el amor nos unía. El derecho estaba subordinado a la necesidad: el derecho de ser curado, le venía a cada uno de estar enfermo; para estudiar sólo faltaba interés por el estudio; para comer sólo era necesario tener apetito. No existían chapitas ni papelitos. No se conocían las malditas palabras tuyo y mío. Así era aquella comunidad que se ha borrado o han borrado de vuestra memoria. Aquella era la voluntad de nuestro Padre y todos éramos hermanos. **(Pausa.)**

¿Alguno de vosotros sería capaz de instaurar un orden tan humano como aquel? Si alguno va por ese camino, yo le seguiré. Si no, no.

(Se ha hecho un enorme silencio. Se miran unos a otros.)

BENJAMÍN.- Yo soy el menor de todos, pero lo recuerdo. Nunca os he dicho nada por miedo a que os rierais de mí. Pero muchas noches, cuando todos estabais dormidos, yo miraba las estrellas, recordaba su amor y lloraba. He llorado mucho, pero nunca os lo dije. Ahora ya lo sabéis.

ISACAR.- Yo también lo recordaba, pero sólo para maldecirle por abandonarnos. Ahora, José dice que vive, que existe y que nos ama. ¿Es verdad eso, José?

JOSÉ.- Sí. Es verdad. Vamos a enviarle el mensaje de nuestros deseos y él lo escuchará.

(Hay un silencio lleno de añoranza y melancolía. Cada uno reflexiona personalmente. ISACAR, en el centro, solo:)

ISACAR.- Si de verdad fuera posible...

Eso pertenece al pasado. Eso ya no puede volver. Pero si fuera posible...

No. Sería demasiado hermoso. Los pobres ya no podemos salir de nuestra abyección.

Pero si fuera posible...

Un mundo en el que todos seamos hermanos es una maldita quimera, una nociva ilusión.

Pero si fuera posible...

¡Si de verdad fuera posible!

¡Oh! Padre, ¿por qué nos has abandonado?

(Cae de rodillas y llora.)

GAD.- ¡Sois unos necios! ¡Os habéis vuelto ñoños y pusilánimes! ¿No os dais cuenta de que esa idea de José mata vuestro espíritu revolucionario?

JOSÉ.- ¡Esto no nos mata nada! Lo único que hace es cambiar el sentido de la revolución. Si creemos de verdad que nuestro Padre tiene valor; si creéis que la fraternidad aún es posible en nuestro tiempo; si creemos que esa hermandad sólo se puede implantar con el espíritu vivificador de nuestro Padre, vamos a mandarle nuestro mensaje y él nos ayudará.

(Protestas de unos y contra protestas de otros, que les piden que se callen y haya silencio.)

ISACAR.- ¡Silencio!

BENJAMÍN.- ¡Callaos ya de una vez!

(Se hace el silencio. Lo que siguen no se lo dicen a JOSÉ directamente, es más bien, como un pensamiento en voz alta, como una reflexión, como una plegaria.)

ISACAR.- Dile cuánto hemos sufrido desde que se fue.

BENJAMÍN.- Dile que lo que él dejó para todos es ahora de unos cuantos.

JOSÉ.- Queremos verte, Padre. Queremos que formes parte de nuestras vidas.

ISACAR.- Dile que sólo nos queda el aire y el sol.

BENJAMÍN.- Dile que venga antes de que nos roben la luna y las estrellas.

ISACAR.- Dile cuánto hemos llorado.

BENJAMÍN.- Dile que nos han pegado.

ISACAR.- Dile que nos han perseguido.

JOSÉ.- Ven, Padre. Te esperamos con ansia.

BENJAMÍN.- No tardes, papá. Ellos son muy malos y nos pegan.

ISACAR.- Vuelve pronto para implantan tu orden.

JOSÉ.- Ven, Padre, porque se ha perdido la humanidad. Porque los valores humanos ya no tienen ningún valor. Porque el hombre es una hiena para el hombre. Porque sólo se aprecia el dinero. Porque ya nadie piensa en ser, sino en tener, en acaparar. Sólo el egoísmo, la codicia, el hedonismo y la soberbia reina en los corazones de los hombres. Queremos que todos los hombres vuelvan a ser hermanos, como tú nos enseñaste.

GAD.- ¡Son unos necios y cobardes que tienen miedo a la lucha!

JOSÉ.- Te equivocas, hermano.

GAD.- ¡Déjate de pamplina! ¡No somos hermanos!

JOSÉ.- Lo somos. Ellos han logrado borrar en ti la memoria de nuestro Padre. La solución no está en la guerra que tú deseas, sino en la paz. No en la violencia y el odio, sino en el amor y la amistad.

GAD.- ¡Con esas palabras intentas aborregarnos, alienarnos!

JOSÉ.- Lo que pretendo es hacer es un análisis crítico de nuestra situación y de por qué hemos llegado a ella. Ellos aportan violencia y tú los quieres destruir con violencia. Eso es imposible. Todas las cosas se pueden destruir, pero con un elemento contrario, no con otro igual. El fuego no se apaga con más fuego; la oscuridad no se ilumina con más oscuridad; la injusticia no se corrige con más injusticia.

GAD.- ¿A dónde quieres ir a parar con eso?

JOSÉ.- Piensa primero lo que ellos han hecho con nosotros. Con la propiedad privada se rompió la comunidad. Inventaron las chapitas y papelitos y mientras nosotros ahorramos chapitas y papelitos, ellos guardaban los productos que directamente cubrían las necesidades. Y así surgió el préstamo usurero, que acabó arruinando a todos; con la inflación, provocada por ellos, neutralizaron todas nuestras conquistas; con el soborno y el privilegio implantaron la corrupción; mediante el despido y la brutal represión lograron implantar el terror, meter el miedo a la lucha, y así nos hundieron en el hambre y en la miseria. ¿Es cierto eso?

GAD.- ¡Claro que es cierto! ¿Y qué tenemos con eso?

JOSÉ.- La solución, si reflexionamos y actuamos de forma distinta a como lo hemos hecho hasta ahora. Ya está demostrado

que con los métodos que usamos no vamos a ninguna parte. Tú has sido siempre el más aguerrido luchador, el más valiente. Examina lo que te pasó.

GAD.- De sobra lo sabéis todos. Me despidieron, y todos callaron por miedo. Me encerraron. ¡Me torturaron! No tuve más remedio que humillarme para volver al trabajo. ¡Si me hubieseis ayudado!

JOSÉ.- Ahí quería llegar. Si te hubiésemos ayudado, otra vez hubiesen llovido las tortas y los cachiporrazos. A ellos les interesa ese campo de batalla, porque tienen toda la fuerza. Esa es una lucha irracional y hasta zoológica, si me apuras.

GAD.- ¿Cómo se puede lograr nada sin lucha?

JOSÉ.- Yo no he dicho que no debemos luchar. Lo que digo es que nuestra lucha ha de ser de otra naturaleza.

GAD.- Bien. Venga, dinos ya cuáles son esos nuevos métodos mágicos.

JOSÉ.- Ya sabemos lo que pasó cuando te despidieron. Si entonces hubieras habido un grupo de amigos que hubiesen compartido contigo lo que tenían, no hubieses pasado hambre. Si los demás hubiesen visto que el despido para ti no tenía tan funestas consecuencias, en vez de disputarse tu puesto vacío haciendo horas extras, hubiesen seguido luchando.

GAD.- Esas suposiciones son muy bonitas, pero a nada conducen.

JOSÉ.- ¿Es que no os habéis dado cuenta del tremendo vacío de ideales que tenemos? Cada uno ha combatido siempre por lo inmediato y no para lograr algo a medio y largo plazo que pudiera ser la solución definitiva. Es cierto que no podemos despreciar las conquistas inmediatas, por pequeñas que sean, pero por carecer de objetivos mayores no salimos del círculo vicioso y todos se cansan, se desalientan. Necesitamos establecer una teoría de la revolución que pretendemos. La revolución de la fraternidad.

ZABULÓN.- El que cada uno comparta con los demás lo suyo es una utopía.

GAD.- Aquí cada uno va a lo suyo, sin importarle los demás. Y si a veces nos unimos, es por el provecho individual que cada uno espera sacar de la acción colectiva. Todo lo que dices tú es puro idealismo.

JOSÉ.- Sí, lo sé. ¿Pero te gustaría que fuera realidad?

GAD.- Eso no se podrá realizar nunca.

JOSÉ.- ¿Pero te gustaría?

GAD.- Pues claro que me gustaría, pero...

JOSÉ.- Pues, vamos tú y yo a ponerlo en práctica desde ahora mismo. Estudiemos, planifiquemos, compartamos todo y ya no será una utopía, sino una hermosa realidad.

GAD.- Tú y yo solos, nada podremos hacer, si los demás no quieren.

JOSÉ.- No te preocupes, hermano. El espectáculo de dos que se aman es más atrayente y sugestivo que el de cien que se odian.

GAD.- De todas formas, necesito pensarlo. Estudiaré tu propuesta.

JOSÉ.- Sí, pensadlo todos. Es un ideal a conquistar. Pero para llegar a él hay que dar un primer paso.

GAD. -Un solo paso no conduce a ninguna parte.

JOSÉ. -Pero nunca llegaremos a ninguna parte si no damos el primer paso.

GAD.- Sí, eso es verdad

JOSÉ.- Quiero que si alguien da este paso, lo haga consciente de lo que hace. A este nuevo modo de vida hay que entrar como hombres y no como borregos.

BENJAMÍN.- ¡Eso, eso! ¡Queremos ser una masa compacta y no una masa con patas, como dicen los grandullones!

(Hay alegría en todos. Se abrazan, ríen. Entra COLOMBINA y ARLEQUÍN. Cierran las cortinas.)

COLOMBINA.- Aunque muchos aún no se habían convencido de la bondad del sistema que había propuesto José, lo cierto es que algunos empezaron a vivir colectivamente, poniendo todo en común.

ARLEQUÍN.- Pero sólo eran unos cuantos. Los demás observaban, pero no se decidían.

COLOMBINA.- Sin embargo, seguían reuniéndose para estudiar la solución de sus males.

ARLEQUÍN.- Todo era discutir, planificar, rectificar, pero no se llegaba a un acuerdo completo colectivo.

COLOMBINA.- A veces se pasaban noches enteras discutiendo los planes a seguir, pero cada cual se aferraba a lo suyo, sin abrirse a los demás.

ARLEQUÍN.- ¿Llegarían algún día a ponerse de acuerdo?

COLOMBINA.- Vamos a verlo.

(Se van los dos. En escena, en primer término, a cada lado, está JOSÉ frente por frente a GAD. Los pequeños están agrupados en el foro, escuchando y observando, como los espectadores de un partido de tenis, mirando todos a los que hablan en cada momento. La luz proviene de antorchas encendidas.)

JOSÉ.- Hay que establecer una escala de valores para que nuestras acciones no sean desordenadas, sino que cada conquista no sólo sea la solución de un problema inmediato, sino, además, la plataforma para la conquista de un objetivo mayor.

GAD.- Yo pienso que, además de todo eso, hay que procurar debilitar su economía. Imaginaros el efecto que hará el que cada día, de forma sistemática, en cada puesto de trabajo, uno estropee una herramienta; otro, que no riegue a su debido tiempo y se malogre una cosecha; otro, que queden destapados los semilleros y una helada destroce todas las plantas nacientes.

JOSÉ.- ¡No, no, no, no, no!

GAD.- ¿Cómo que no? El éxito o el fracaso de nuestra lucha muchos lo miden con el estómago. Ahora se vive un poco mejor y el espíritu de lucha ha disminuido. ¡El sabotaje es un arma de lucha magnífica!

JOSÉ.- No estoy de acuerdo.

GAD.- ¿Por qué no? Una cosa no quita a la otra.

JOSÉ.- Te equivocas. Esa es una forma de destruirnos nosotros mismos, minar nuestro espíritu y la ética que nos hemos impuesto. Tenemos que aprender a construir, no a destruir.

GAD.- ¿Y qué es lo que quieres? ¿Que le llenemos encima sus ya repletos bolsillos?

JOSÉ.- Lo que os he propuesto es algo totalmente nuevo, pero tú estás empeñado en utilizar métodos viejos.

GAD.- (Irónico.) ¡Ah! Perdona, hombre. Hasta ahora no me he enterado. Lo que tú quieres es que demos un beso a quien nos da un estacazo.

JOSÉ.- Guarda tus ironías para otro momento. Estás completamente cerrado a toda idea que no proceda de ti mismo. Dices que muchos piensan más con el estómago que con la cabeza y quieres utilizar su estómago como fuerza combativa. Yo quiero enseñarles a pensar con la cabeza, hacerles descubrir su dignidad y aumentar su autoestima, porque sólo así se puede entrar en un mundo nuevo.

GAD.- Con eso perderemos mucho tiempo. Primero, quitemos de en medio a esos granujas. ¡Ese es el ardiente ideal que hay que infundir en todos, luchar, luchar, luchar hasta que no queden de ellos ni siquiera las cenizas! Y ya habrá tiempo después para elaborar esa bonita sinfonía que desde hace tiempo nos estás pidiendo que toquemos.

JOSÉ.- ¿No te has parado a pensar si lo que te mueve no es más que un deseo de venganza?

GAD.- Tengo sobrados motivos. ¡Son unos canallas! (Llorando de rabia.) ¡Son unos bandidos!

(Pausa. JOSÉ le deja que se desahogue. De pronto, ZABULÓN se coloca en el centro.)

ZABULÓN.- ¡Compañeros! ¡Ya estamos hartos de los enfrentamientos de José y Gad, sin que el primero se apeee de su dogmatismo pacifista y sin que el otro sólo nos brinde la guerra sin cuartel, mientras que a nosotros nos han reducido a comparsas de sus distintos humores! ¡Dejémosles solos y que sigan discutiendo eternamente! ¡Venid conmigo y haremos nuestro propio partido!

JOSÉ.- Nos acusas de una falta que tú mismo estás cometiendo.

ZABULÓN.- ¡Estoy harto de vuestras eternas discusiones!
¡No me gusta ninguna de las soluciones que proponéis!

GAD.- Y en vez de tratar de ponernos de acuerdo para hacer la unidad, quieres hacer una tercera vía.

ZABULÓN.- Porque estoy convencido de que esa tercera vía es la mejor de todas. Vosotros estáis jugando con nosotros. ¡Los que estén de acuerdo conmigo, que me sigan!

(Hay un gran movimiento de confusión de todos yendo de un lado a otro sin decidirse. Por fin, quedan formados tres grupos. Unos, con GAD; otros, con JOSÉ; los menos, con ZABULÓN. Pero BENJAMÍN no está. De pronto, se oye el silbato que precedió a la entrada anterior de PIERROT, el CAPITÁN y los CACHIPORREANTES. Se oye muy cerca. Quedan todos paralizados por el miedo.)

JOSÉ.- ¡Rápido! ¡Esconderos!

GAD.- ¡Apagad las antorchas!

(Oscuro. El silbato está más cerca. Se oyen unos pasos. Silencio. Se hace la luz. Es BENJAMÍN, que ha encendido una antorcha. Mira a todos lados.)

BENJAMÍN.- ¿Dónde estáis? Mirad lo que he encontrado. Es un silbato de los Cachiporreantes. Estaba ahí fuera, en el suelo.

(Vuelve a pitar con más fuerza. Silencio. Va al foro y abre un hueco de la roca levantando parte de la tela de la que se compone el decorado. En el hueco, encogido, está ISACAR.)

¿A qué jugáis?

(ISACAR levanta la cabeza, temeroso, mira a BENJAMÍN, observa a su alrededor. Se levantan poco a poco otras porciones del decorado y van apareciendo todos. Se miran entre sí extrañados. De pronto, a GAD le da una risa nerviosa, hasta acabar en carcajada.)

JOSÉ.- ¿De qué te ríes?

ZABULÓN.- ¿Qué te pasa, Gad? ¿De qué te ríes?

GAD.- (Sin dejar de reír.) Porque no había forma de unirnos y sólo el sonido de ese silbato nos ha unido como una piña.

ZABULÓN.- Es verdad. ¡Parecemos idiotas! ¡Viva nuestra unidad!

TODOS.- ¡Viva!

(Entran COLOMBINA y ARLEQUÍN. Cierran.)

COLOMBINA.- Los mayores, mientras tanto, andaban preocupados porque el despido ya no producía terror y el puesto vacante no era ocupado por nadie.

ARLEQUÍN.- No, porque los demás le protegían y ayudaban.

COLOMBINA.- Hicieron efectiva la jornada de ocho horas y nadie hacía ya horas extras. Y al no hacer nadie horas extras, no había paro.

ARLEQUÍN.- El ahorro de chapitas y papelitos se convirtió en ahorro de productos.

COLOMBINA.- Con aquellos productos en sus manos acabaron los préstamos usureros y fueron fabricando ellos mismos cosas para su uso personal, por lo que las ventas y los negocios de los mayores entraron en un déficit cada vez mayor.

ARLEQUÍN.- La industria de los pequeños, poco a poco fue creciendo con el ahorro propio.

COLOMBINA.- El éxito de la autogestión hacía que la moral de los pequeños se hiciera cada vez más fuerte, más fraterna.

ARLEQUÍN.- El odio, el egoísmo, la desunión ya eran bien conocidos por todos, pues todos habían probado el amargor de sus frutos.

COLOMBINA.- Ahora descubrían de nuevo el amor que, como un bálsamo mágico, iba cicatrizando heridas.

ARLEQUÍN.- Su fuerza era cada vez más conocida en todos los ámbitos y cada vez eran más los pequeños que entraban en la comunidad, más atrayente, por el amor que se tenían unos a otros, que por sus éxitos económicos.

COLOMBINA.- Un día fueron todos en manifestación para negociar las condiciones laborales.

(En escena, los pequeños frente a PIERROT, el DOCTOR, el CAPITÁN y CACHIPORREANTES. El decorado de la cueva ya no está.)

PIERROT.- ¿Qué queréis ahora? ¿No tenéis bastante con el daño que estáis haciendo a la economía?

JOSÉ.- Queremos negociar otros aspectos.

PIERROT.- Venid uno a uno. Las manifestaciones están prohibidas. Si no os dispersáis ordenaré una carga contra vosotros.

GAD.- No os tenemos miedo. Si atacáis, nos defenderemos.

JOSÉ.- Trabajamos colectivamente, ¿no? Pues colectivamente queremos negociar.

PIERROT.- La situación de la economía no nos permite subir los sueldos.

GAD.- No hemos pedido subida de salarios. Queremos participar en la gestión de las empresas a todos los niveles.

PIERROT.- ¡Eso, jamás! ¡Capitán, cargad contra esa chusma!

CAPITÁN.- Yo recibo las órdenes del señor Doctor, aquí presente.

DOCTOR.- **(Engolado.)** En efecto, es así. Agradezco vuestra deferencia, que no por obligada es menos de agradecer.

PIERROT.- ¡Menos palabras! ¡Descargad sobre ellos el peso de la ley!

DOCTOR.- (**Engolado y pedante.**) Poco a poco. La justicia es ciega porque al aplicarse no ha de ver diferencias entre el poderoso y el débil, sino sólo lo que es justo, o doloso. Mas si es ciega en este aspecto, no es en sí misma una fuerza ciega que da palos a tontas y a locas según la voluntad extraña a su imparcial magisterio. En este caso no es ciega, ni siquiera tuerta o bizca, sino clarividente, intuitiva, perspicaz, para saber cómo, cuándo y dónde ha de aplicar la norma de su inapelable veredicto.

PIERROT.- ¡Pues estamos arreglados! La ley es la ley y está escrita. (**Aparte.**) A este pájaro habrá que cortarle las alas.

CAPITÁN.- ¡Silencio y orden, que está hablando la sabiduría!

DOCTOR.- (**Hueco por el elogio.**) Yo soy el representante de la justicia y, por lo tanto, de la Ley. Y si es cierto, señor Pierrot, que la justicia ha de basarse en el Derecho Positivo que regula nuestra sociedad, no por eso he de dejar de tener en cuenta los principios de la Ley Natural, que anterior a la positividad de la Ley es, y debe ser, la fuente de toda jurisprudencia.

PIERROT.- ¡Todo eso es palabrería! Quien manda es la ley y al juez sólo le corresponde obedecella, sostenella, aplicalla y no enmendalla.

DOCTOR.- Pues mi conciencia y honor, que es por quien juré mi cargo, lo considera contra natura y, desde ahora mismo, abjuro de mi cargo y dimito.

(El DOCTOR se quita el traje, queda convertido de nuevo en DAN y se une al grupo de los pequeños. Cierta desconcierto en PIERROT y el CAPITÁN. Dos CACHIPORREANTES avanzan hacia el centro, se miran entre sí y se quitan los trajes. Quedan convertidos en ASER y NESTALÍ, como al principio. Aumenta el desconcierto de PIERROT y el CAPITÁN.)

CAPITÁN.- ¿Qué hacemos? ¿Cargo contra ellos?

PIERROT.- No. La situación se pone grave. Hay que informar y esperar instrucciones. Ordena retirada.

(Se van PIERROT, el CAPITÁN y los CACHIPORREANTES. Todos abrazan a DAN, ASER y NEFTALÍ y se van por el lado opuesto a los otros. Hay una pausa. Por donde se fueron PIERROT y el CAPITÁN entran POLICHINELA y PANTALÓN.)

PANTALÓN.- Esto se está poniendo muy feo. A ver si te vas pensando algo nuevo porque esto ya es grave.

POLICHINELA.- Ya lo veo, ya. He pensado dos soluciones.

PANTALÓN.- ¿Dos? ¡Qué tío, cómo piensa!

POLICHINELA.- Si la primera no da resultado, habrá que optar por la segunda.

PANTALÓN.- Empieza por la primera.

POLICHINELA.- Como has comprobado, están muy unidos y entre los nuestros han desertado varios que eran fundamentales para nosotros. Aquella cultura que hice para ellos, ya no les vale. Han hecho una nueva cultura a su medida, ya tienen ideas y criterios propios, saben planificar y están muy bien organizados.

PANTALÓN.- Sí, eso ya lo veo. ¿Qué solución tienes para eso?

POLICHINELA.- Como han desertado varios, nada les extrañará que deserte otro más. Encargaremos al Capitán que se infiltre en su organización, que espíe sus proyectos y que trate de introducir discordia, recelo, envidia y desunión.

PANTALÓN.- ¿Y por qué no mandamos al Capitán y a los Cachiporreantes y los aniquilamos?

POLICHINELA.- No seas cafre. Si hacemos eso seremos para ellos los tiranos, los golpistas. Si mi plan funciona y logramos introducir la cizaña, entrará la discrepancia, la divergencia y el enfrentamiento entre ellos. Como apoyo logístico al Capitán, introduciremos otros con la misión de sabotear todo lo que puedan para dañar y arruinar su economía. Cuando eso se consiga, se hará correr la voz, el criterio de que ese caos se podría solucionar si alguien con autoridad estuviera al frente. En ese momento entraremos nosotros, atacaremos y seremos los salvadores, los héroes, los invictos.

PANTALÓN.- Están muy unidos y no tengo fe en el triunfo. Podemos probar, eso sí, pero lo mismo falla y son ellos los que nos atacan. Y como cada vez son más, tal vez nos derroten. ¿Qué solución tienes para eso?

POLICHINELA.- Eso no tiene solución.

PANTALÓN.- ¡No me crispes los nervios! ¿No decías que tenías dos soluciones?

POLICHINELA.- Sí.

PANTALÓN.- ¡Pues venga, di cuál es la otra!

POLICHINELA.- Mi idea consiste en que, si nos atacan y tenemos que huir, tengamos en otro sitio riquezas suficientes.

PANTALÓN.- ¡Eres un genio! ¿Y donde están esas riquezas? ¿Has descubierto alguna mina?

POLICHINELA.- Las riquezas están aquí.

PANTALÓN.- ¿Pero no dices que en otro sitio?

POLICHINELA.- ¡Qué cabezota más dura tienes!

PANTALÓN.- ¡No me insultes, que te arreo!

POLICHINELA.- Bueno, escucha. Mi idea es que a partir de hoy vayamos cogiendo riquezas de aquí y las llevemos a un sitio lejano y seguro.

PANTALÓN.- ¿Qué lugar es ese? ¿No habrás pensado guardarlo para ti solo y dejarme a mí sin nada?

POLICHINELA.- No, hombre, no. Iremos los dos juntos con mucho sigilo, para no levantar sospechas.

PANTALÓN.- ¿Y qué pasará con el Capitán y los Cachiporreantes que nos defienden?

POLICHINELA.- ¡Allá se las apañen ellos!

PANTALÓN.- ¡Pues, manos a la obra!

(Entran COLOMBINA y ARLEQUÍN, pero sin cerrar las cortinas. Mientras ellos hablan, POLICHINELA y PANTALÓN, de forma rápida, como en cámara rápida, entran por el foro izquierdo cargados con sacos y salen

por el foro derecho. Después volverán a entrar y salir por el mismo sitio con bultos o bártulos diferentes, tanto como dure el diálogo de COLOMBINA y ARLEQUÍN.)

COLOMBINA.- Y así, los muy pillines, se traían unos trajines todas las noches, que para qué las prisas.

ARLEQUÍN.- Unas noches se llevaban semillas; otras, animales; otras, oro y piedras preciosas. En fin, lo que ellos llamaban... ¿Cómo llamaban ellos a eso?

COLOMBINA.- No me acuerdo.

ARLEQUÍN.- Sí, querida. Lo llamaban... Pues no recuerdo ahora.

COLOMBINA.- ¿Y qué hacemos, Arlequín?

ARLEQUÍN.- Pregunta a alguien del público.

(Si se ve conveniente, se pregunta a alguien, si no, no. Se cierran las cortinas, pero permanecen en escena.)

COLOMBINA.- ¡Eso! ¡Evasión de capitales!

ARLEQUÍN.- Mientras tanto, los pequeñuelos iban creciendo en número cada día y en todos los sentidos.

COLOMBINA.- Pero la impaciencia por terminar con los mayores ponía nerviosos a muchos.

(Se van los dos. En escena, los pequeños, entre los que está JOSÉ, ASER, GAD, NEFTALÍ y DAN. Este ya no es muñeco y, por lo tanto no es pedante.)

JOSÉ.- La prisa y la urgencia que a todos nos invade la tenemos que canalizar para la realización total de nuestro orden social.

GAD.- No estoy de acuerdo. Eso ya lo estamos haciendo. Tenemos ya el poder absoluto al alcance de la mano. Sólo falta el empujón definitivo. Mientras esos bandidos estén ahí estaremos amenazados. ¡Hay que destruirlos ya!

JOSÉ.- No podemos hacer eso. Ellos no están solos. Aún hay muchos que les son fieles y les apoyan. Si intentamos destruirlos, como tú pretendes, habría una guerra. Y es ahora cuando menos nos interesa, porque tenemos en nuestras manos los resortes de la victoria.

DAN.- José tiene razón. Todos nuestros esfuerzos han de ir encaminados a fortalecer nuestro sistema.

GAD.- De ti, no me fío. Es cierto que estás con nosotros, pero como experto en leyes, eres experto en trampas.

JOSÉ.- No tenemos derecho a dudar de Dan. Él ha sido un punto fundamental en nuestro triunfo.

GAD.- Poco a poco. El hecho de que hayamos realizado muchas cosas no quiere decir que hayamos triunfado. Es cierto que nosotros hemos hecho una comunidad de bienes y de vida. Pero eso sólo funciona a nuestro nivel. Todos los demás siguen conservando su propiedad privada.

DAN.- Es cierto, pero...

GAD.- ¿Y tú no sabes que la propiedad privada es una gangrena para toda comunidad? ¿Es que no sabes que gracias a la propiedad privada ellos fueron acumulando su poder?

DAN.- Sí, tienes razón.

GAD.- ¿Entonces, por qué no se empieza por abolir la propiedad privada?

DAN.- Tu obcecación, tu obsesión te impide ver con claridad. Tu pretensión fue siempre la revolución, a cualquier precio, y en esa estructura mental que tienes no cabe la revolución lenta, pacífica, pero inexorable, que estamos haciendo.

GAD.- ¿Qué pacifismo usabas tú con nosotros cuando mandabas apalearnos y encerrarnos?

DAN.- Yo estaba equivocado. Y fue José quien me hizo descubrir, no la negrura de mis errores, sino la luz de su verdad. Por eso estoy con vosotros, porque me gusta la vida comunitaria y odio la violencia.

GAD.- ¿Esperas que ellos, pacíficamente, suelten sus bienes?

DAN.- Ellos no me preocupan. Me preocupan los que aún les apoyan y defienden. El hombre lucha por la libertad, aunque este propósito no esté bien definido en su mente. Los grandullones dijeron: «La propiedad os hará libres». Pero la propiedad privada

produjo diferencias económicas abismales; las diferencias económicas, produjo marginación; gracias a la marginación, llegó la explotación de los valores del hombre; por rebelarnos contra la marginación y la explotación, llegó la terrible opresión política; para debilitar la conciencia de los marginados y explotados vino la alienación cultural. Y es esa alienación la mayor dificultad para convencer a los que aún no se han unido a nosotros, porque a pesar de su exigua propiedad, se aferran a ella, creyendo que si se la quitan pierden su libertad. Ellos han de descubrir, como lo descubrí yo, la verdad que José propagaba. Entonces, todas las energías que ahora derrochan defendiendo lo suyo la emplearán en recrearse.

GAD.- ¡Toma ya! Quieres hacer propaganda diciendo que lo nuestro es un chollo para divertirse.

DAN.- Cuando digo recrear, no lo digo en el sentido que tú lo interpretas, sino en re-crearse, volverse a crear, recuperar la dimensión de su humana dignidad.

GAD.- ¡Mientras no los vea colgados a esos canallas no estaré contigo!

JOSÉ.- Gad: Tú has entrado en nuestra comunidad, pero nuestra comunidad no ha entrado en ti. Si no cambias de actitud, habrá que replantearse tu permanencia en ella.

GAD.- Ya sé que me consideráis cruel y falto de interés por lo que estamos haciendo, pero os equivocáis. Amo con todas mis fuerzas el espíritu de nuestra comunidad y daría mi vida por ella. Por eso odio todo aquello que pueda destruirla. ¡Y no dudéis que esos malditos lo intentarán!

JOSÉ.- No se trata de destruir personas, Gad, sino de hacer personas.

GAD.- No volveré a insistir. ¡Aunque reviente!

(Entra, muy sigilosamente, el CAPITÁN. Conserva su uniforme.)

CAPITÁN.- ¿Puedo... puedo pasar?

DAN.- Sí, sí. Pasa. ¡Mirad quién está aquí!

CAPITÁN.- ¡Buenas! Ejem. Yo, yo quería, quería unirme a vosotros. Pero me temo que no vais a querer.

JOSÉ.- ¿Por qué no vamos a querer?

CAPITÁN.- Os he perseguido. Os he apaleado.

ASER.- Eso no importa.

NEFTALÍ.- Yo también los pegué y, ya ves, me han recibido bien.

CAPITÁN.- Es verdad. ¿Entonces, me admitís?

JOSÉ.- Si ese es tu deseo, puedes quedarte.

CAPITÁN.- ¡Qué bien! Entonces toda las fuerzas de mis brazos estará a vuestro servicio para protegeros. Los cachiporrazos que os pegué se los pegaré ahora a ellos, por cochinos y por tramposos.

GAD.- Para la fuerza de tus brazos tengo aquí una hermosa azada.

CAPITÁN.- (**Aterrado.**) ¡Una azada!

GAD.- Si no te hace gracia la azada, tengo también un pico y una pala. Puedes elegir.

CAPITÁN.- ¡Eso es desaprovechar mis cualidades! ¡Lo que hay que hacer primero es ir contra ellos, destruirlos! Será fácil para mí. Soy un gran experto en la lucha contra los malditos.

DAN.- Sí, eso es cierto. Pero nuestras tácticas son distintas. Aquí no son necesarios tus conocimientos de cachiporrología.

CAPITÁN.- Es que quiero vengar los palos que os di.

DAN.- Eso me parece un ejercicio bastante purificador. Coge tu cachiporra y empieza a pegarte palos a ti mismo.

CAPITÁN.- Yo no tengo culpa. Ellos me mandaban.

DAN.- Ellos, y yo, también.

CAPITÁN.- ¡Es verdad! Y estás aquí. Entonces, puedo quedarme, ¿no?

GAD.- Sí, ya te lo hemos repetido: Puedes quedarte. Pero me gustaría hacerte algunas preguntas. Yo tengo sobrados motivos para odiarlos, y tú lo sabes. Tú, en cambio, sólo has tenido privilegios con ellos. ¿Me puedes explicar ese odio repentino que sientes ahora?

CAPITÁN.- (Confuso, turbado.) Bueno, es que yo... yo...

GAD.- (Cogiéndole por las solapas con violencia.) ¡Tú eres un maldito embustero!

(Todos salen al quite. Tratan de apaciguar a GAD y entre todos se lo llevan. Queda solos en escena DAN y el CAPITÁN. Pausa. El CAPITÁN está muy nervioso y sofocado.)

CAPITÁN.- Lo siento. Es mucho el daño que les he hecho y eso es difícil de perdonar. Mi estancia entre vosotros crearía muchos problemas. Es mejor que me vaya.

DAN.- ¡No! Quédate. Gad tiene un temperamento muy ardiente y se exalta con suma facilidad. Ya le irás conociendo.

CAPITÁN.- Es que yo no quiero crear malestar entre vosotros.

DAN.- No te preocupes, quédate. Estás admitido. Hace mucho que no charlábamos tú y yo. Me gusta recordar viejos tiempos. Tú eras un gran defensor del orden.

CAPITÁN.- Sí. Tú eras un gran psicólogo y un experto en interrogatorios.

DAN.- Sí, eso también es cierto. Y, ya ves, siempre me gustó eso; pero no al servicio de aquello. No, no. Aquello no me gustaba. Pero la psicología humana siempre me ha apasionado.

CAPITÁN.- Eso dio muy buenos frutos a los mayores. ¿Ejerces aquí la misma profesión que entonces?

DAN.- ¡Oh, no! Aquí no hay nada que juzgar ni nadie necesita ser investigado. Pero mi afición a descubrir lo que se oculta es muy grande. Por eso me encanta que estés ahora conmigo.

CAPITÁN.- Me alegro. (Se siente incómodo. Trata de cambiar de conversación.) Es... es admirable vuestra comunidad.

DAN.- ¿Conoces el mecanismo por el que nos regimos?

CAPITÁN.- No. Bueno, de oídas, sé algo.

DAN.- Aquí todos trabajamos en aquello que más se ajusta a nuestros deseos y aptitudes; el fruto de nuestro trabajo va a un fondo común; cada uno aporta según su capacidad y obtiene según su necesidad.

CAPITÁN.- Sí, eso sí lo sabía.

DAN.- ¿Sabías que para ingresar aquí hay que traer todos los bienes privados que se tengan?

CAPITÁN.- Sí, eso también lo sabía. Pero un conocimiento a fondo, no.

DAN.- ¿Cuándo tomaste la decisión de unirme a nosotros?

CAPITÁN.- Ayer. Pero hace mucho que lo estaba pensando.

DAN.- Y no conociendo a fondo nuestra comunidad, sino sólo de oídas, ¿ese pensamiento no te movió a conocernos mejor antes de tomar una decisión tan importante?

CAPITÁN.- Pues, sí. Sí, sí. Es que no he tenido tiempo.

DAN.- ¿Tú consideras muy importante entrar en nuestra comunidad?

CAPITÁN.- ¡Sí! ¡Es una de las decisiones más importantes que he tomado en mi vida!

DAN.- ¿Has traído contigo todos tus bienes?

CAPITÁN.- No. Es que no sabía si me ibais a admitir. ¿Comprendes?

DAN.- Ya. ¿Y ante esa duda, no crees que el haber traído tus bienes hubiese sido una prueba muy elocuente de tu interés?

CAPITÁN.- No lo pensé.

DAN.- ¿Por qué?

CAPITÁN.- Ya te he dicho que la decisión la tomé ayer.

DAN.- Sí; pero también has dicho que hace mucho tiempo que lo estabas pensando. ¿Sabías que nuestra comunidad está fundamentada en la hermandad, en el amor a los demás?

CAPITÁN.- Sí. Eso es lo que más me atrajo a vosotros.

DAN.- ¿La fraternidad?

CAPITÁN.- Sí. ¡El sistema de los mayores es tan brutal!

DAN.- Contigo no lo ha sido. Más bien eras tú el portador de esa brutalidad.

CAPITÁN.- Por eso estoy arrepentido.

DAN.- Cuando uno se arrepiente de algo, lo más consecuente es no volver a hacerlo.

CAPITÁN.- Por eso, mi deseo ahora es cambiar de actitud y dar palos a los otros.

DAN.- Sin embargo, has dicho que estabas arrepentido de la brutalidad. Tus palabras y tus hechos se contradicen. A ver si nos aclaramos. ¿De qué estás arrepentido, de habernos apaleado a nosotros o de apalear a un ser humano?

CAPITÁN.- De haberos apaleado a vosotros. ¡Sois tan buenos!

DAN.- Luego, no te arrepientes de la brutalidad, pues lo que deseas es apalear ahora a los otros.

CAPITÁN.- ¡Porque son muy malos!

DAN.- Si dices que el sistema de los mayores es brutal, ¿por qué quieres que nosotros lo adoptemos permitiéndote lo que dices?

CAPITÁN.- ¡Porque quiero ayudaros a destruirlos!

DAN.- ¿Quién te ha dicho que nosotros queremos destruirlos?

CAPITÁN.- ¡Son un peligro para vosotros!

DAN.- ¿No será, más bien, todo lo contrario?

CAPITÁN.- Sí. Eso lo saben ellos. Por eso, el que primero dé, dará dos veces y vencerá.

DAN.- Es posible. Tú eres un gran estratega. ¿No es cierto?

CAPITÁN.- Sí.

DAN.- ¿Tú crees que a nosotros nos interesa atacar ahora?

(El CAPITÁN va a responder, pero DAN le corta.)

¡No, no, no! Piensa antes de decirlo.

(Hay una pausa muy grande. El CAPITÁN se debate en una lucha interna. No sabe qué responder. DAN no le urge su respuesta, le deja que reflexione. El CAPITÁN está abatido. Se siente como un criminal ante el juez. Mira suplicante a DAN. Por fin, baja la cabeza y solloza.)

CAPITÁN.- No.

DAN.- Ahora dices la verdad de lo que sientes. Antes, no. Hermano Rubén, yo he sido un falso, un mentiroso, un sinvergüenza; sabía que lo que hacía estaba mal, pero me justificaba a mí mismo diciendo que ellos me mandaban.

(DAN avanza unos pasos. El CAPITÁN queda tras él, sin ser visto por DAN. El CAPITÁN, muy lentamente, se va despojando del traje que lleva.)

Tenía una posición privilegiada y no carecía de nada. Sin embargo, no era feliz. Hasta que un día hablé largo y tendido con José, sólo por curiosidad. Me extrañaba que aquel movimiento fuera adquiriendo tanta fuerza y quise, con mi manía de descubrir todo lo que está oculto, saber qué había de atrayente para todos los pequeños. José me mostró un nuevo sentido de la vida. En lugar de descubrir lo que se ocultaba en los demás, descubrí mi propio interior. Me quedé aterrado. ¡Estaba vacío! Quise saber el porqué de aquella vaciedad. Cuando un hueso se disloca produce mucho dolor porque está fuera de sí; sólo cuando vuelve a su sitio, el dolor desaparece. Yo estaba dislocado, alterado, fuera de mí. Aquello me había producido mucho dolor y malestar interior, antes de descubrirlo. Para eliminar aquel dolor recurría a los analgésicos de los placeres, del hedonismo. Pero cuando se pasaba el efecto de aquellos placeres volvía el dolor, el vacío, la inanidad. José me descubrió que todos los hombres somos hermanos, que el hombre es social por naturaleza, que todos los bienes sobre la tierra fueron creados para todos los hombres, como el agua, el aire y el sol, y que para estar en su sitio, y no fuera de sí, había que ser desprendidos, generosos, solidarios, altruistas y poner todos los bienes, toda la vida y todo los afanes en común. Entonces ya no harán falta los analgésicos placeres, porque el dolor no existirá.

(El CAPITÁN se ha despojado ya de todas sus ropas y vuelve a la que tenía. Queda convertido en RUBÉN.)

RUBÉN.- ¿Cuándo descubriste que yo era un mentiroso y un traidor?

DAN.- Nada más verte entrar por ahí.

RUBÉN.- ¡Y no me delataste! ¿Por qué?

DAN.- Tú, entonces, no te considerabas mentiroso, ni falso, ni traidor.

RUBÉN.- Gad me descubrió enseguida. Si no es por vosotros, me mata.

DAN.- Gad es muy temperamental. Es quien más ha sufrido, el que más represión ha soportado, ¿te acuerdas? Él es quien más ama nuestro sistema y el que con más ardor lo defiende de quien quiere destruirlo. Yo te aseguro que cuando le llegue la serenidad que necesita será el mejor de todos nosotros.

RUBÉN.- Hay algo que me intriga, que no entiendo de ti. Si tú sabías que yo era un traidor y no quisiste delatarme, ¿por qué me has sometido a interrogatorio? ¿Qué sentido tiene averiguar una verdad que ya se sabe?

DAN.- Esa verdad la sabía yo, pero tú no. Tú, entonces, no te considerabas traidor con nosotros, sino leal con los mayores.

RUBÉN.- Luego me interrogaste para que yo lo averiguara.

DAN.- Claro.

RUBÉN.- ¡Eres terrible, Dan! Ahora te tengo como amigo. No, como amigo, no. ¡Como hermano! Oye, ¿no te interesa saber a lo que he venido y lo que ellos están tramando contra nosotros?

DAN.- No me hace falta, me lo imagino. No te preocupes, caerán. Se les dará su merecido. Pero, ¡sin cachiporras!

(Entran COLOMBINA y ARLEQUÍN cerrando las cortinas.)

COLOMBINA.- Llegó, por fin, el día en que los mayores, abandonados por todos, se entregaron a los pequeños, manos arriba.

ARLEQUÍN.- Como castigo a todos sus pillajes, trucos y martingalas, los condenaron a trabajos forzados.

COLOMBINA.- ¡No, no, no, no, no! ¡Eso no lo dice el guión! ¡Te lo has inventado tú! ¡Eres un morcillero!

ARLEQUÍN.- Pues con el hambre que tenemos estaré rico para comerme. Venga, cielo mío. Me dejo comer por ti. **(Intenta abrazarla.)** Preciosa, bonita mía, muérdeme que soy tuyo.

(COLOMBINA se siente halagada por el piropo y el requiebro de ARLEQUÍN, pero es más seria y responsable. Se deshace de sus brazos, como si fueran tentáculos de un pulpo, pero sonriente.)

COLOMBINA.- Venga Arlequín, vamos a terminar, que estos señores ya estarán cansados y se querrán ir. Aclara eso de «trabajos forzados».

ARLEQUÍN.- Bueno, me explicaré. Como, los muy gandules, se habían dedicado a la caza y a la pesca, sin dar golpe, el trabajo más leve era para ellos una terrible condena. ¿O no?

COLOMBINA.- Sí, eso sí.

ARLEQUÍN.- Como esa decisión de trabajar no fue adoptada voluntariamente, evidentemente era trabajo forzado. ¿O no?

COLOMBINA.- Sí, tienes razón. Bueno, pues, señoras y señores, esto se acabó.

(De pronto se oye un terrible golpe detrás de las cortinas y un grito. Asustados, abren las cortinas. En escena vemos a PANTALÓN, pero despojado de sus ropas, es ahora SIMEÓN. Ha cambiado de traje, eso sí; pero no de personalidad. Sigue siendo tan bruto como siempre. En el suelo, yace POLICHINELA con un tremendo moretón en un ojo y doliéndose con las dos manos de una de sus mejillas, hinchada. Entran todos, preocupados por el ruido del golpe.)

TODOS.- ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sido ese ruido? ¿Qué le ha pasado a éste? ¿Está herido? ¿Ha sufrido un accidente?

SIMEÓN.- ¡Nada, nada! ¡Tranquilos todos! No pasa nada. Le he dado una lección. Le he metido un puñetazo porque me ha dicho que tiene una idea. Estoy esperando que se levante para seguir la clase y que me la repita. Me parece a mí que el curso va a ser muy largo.

(El PADRE aparece al fondo, pero, no personalmente, sino en una fotografía muy ampliada, o tal vez una diapositiva. Está muy sonriente y feliz. Ríen todos divertidos.)

FIN

85